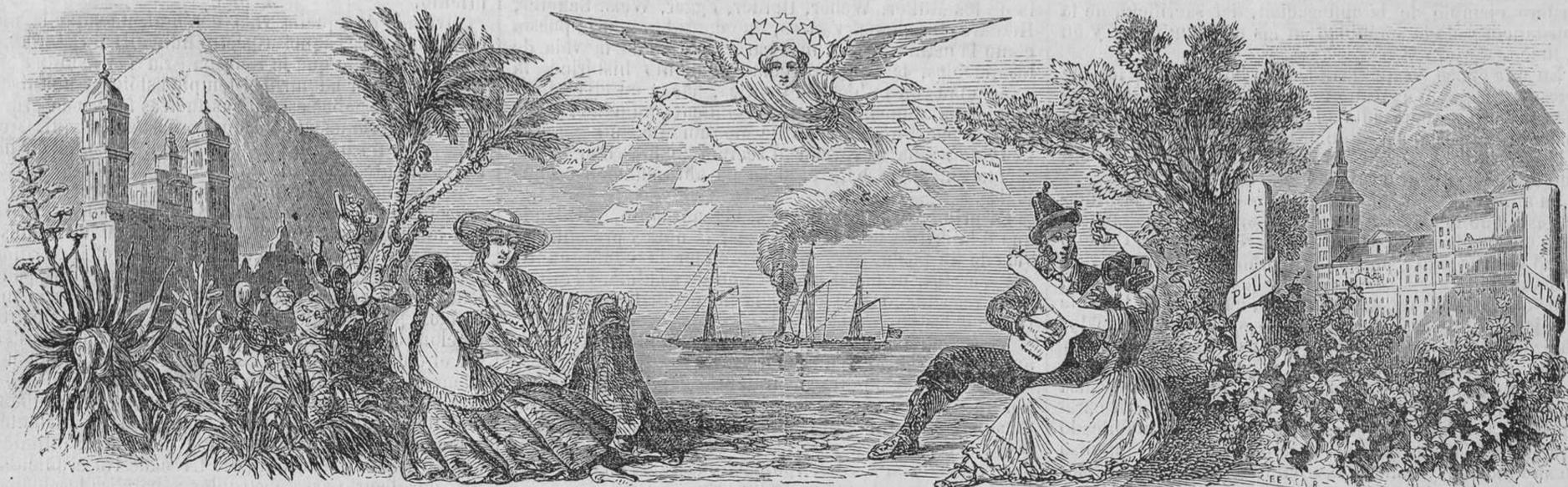


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 14 de la Moda.

1870. — Tomo XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 914.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

Armando Barbés; grabado. — Poetas líricos del siglo XIX. — El « City-of-Raguse; » grabado. — Manifestación en favor del general Saldanha en Lisboa; grabado. — Una vista en las cercanías de París; grabado. — Las armas de la mujer. — Estudios militares. — Revista de París. — Bellas Artes: « La vuelta de la fiesta; » grabado. — Los galeones de Vigo; grabados. — El serrallo del bajá. — Escenas de la vida inglesa. — Actualidades atmosféricas, por Bertall; grabados. — Los bomberos de Constantinopla; grabado. — El Doctor Témis, novela original escrita por don José María Angel Gaítan. — Arion, estatua por M. Hiolle; grabado.

clavado en su sillón, pensando siempre en la patria ausente, fumando en su pipa, como el día en que estuvo en capilla para ser ajusticiado, en la actitud de un hombre que espera oír una voz lejana, la de la gran nación, la de la Francia que amaba tanto, una voz que le gritaba: « ¡Vuelve! »

Sin embargo, pasaban días y la enfermedad le minaba. Aun salía de casa, aun recorría las calles de aquella ciudad extranjera, donde todos se inclinaban al verle, desde el rey, que había dado orden para que le abriesen los jardines y los museos á cualquiera hora, hasta el obrero, que le saludaba humildemente quitándose la gorra. Andaba por aquella ciudad con la cabeza ergui-

da, el paso resuelto y el aire de mando y de superioridad que le era característico. Había en su naturaleza algo de heroico y de femenino á la vez; de heroico por lo sublime, de femenino por los atractivos. Imponía respeto por la firmeza, por el valor, por la decisión, y encantaba por la bondad, por la sencillez y por la gracia: en suma, era digno de admiración y de cariño.

Consagró su existencia á una idea, y puede llamársele un mártir. En 1834 da su vida por su causa; porque no tenía que dar otra cosa. Le condenan á muerte y se enorgullece de morir. Le perdonan, permanece en prisión diez y seis años y sale como había entrado, siendo el ferviente apóstol de una idea. El 15 de mayo se pierde por querer salvar la república, vuelve á la cárcel y sale siete años despues para ir al destierro, es decir, á la muerte lenta, segura y terrible, la triste muerte de todos los días. Y en esa larga agonía, en esa vida entera consagrada á la patria, ni una queja, ni un murmullo, ni una injuria al adversario, ni un momento de cólera ciega, sino siempre una serenidad admirable, no sé qué paz profunda, hija del gran corazón de aquel hombre y de la calma infinita de su conciencia.

Pronto hará un año, le hablaba yo en su cuartito de la Haya, de Victor Hugo, que con sus versos á Luis Felipe contribuyó á salvar la vida á Barbés, y Barbés me contaba que nunca le había visto.

— Cuánto me gustaria verlo aquí, decía cruzando sus escuálidas manos, un hombre tan eminente.

Barbés se hacia pequeño ante el grande hombre de genio, siendo el hombre de gran corazón por excelencia.

Cuando volví á Bruselas dije á Victor Hugo, cuánto se alegraría verlo Barbés. Debíamos partir con Victor Hugo y sus hijos para la Haya, y yo me felicitaba de poder asistir á la entrevista de los dos proscritos; pero una enfermedad de la señora de Carlos Hugo y la salida de Victor Hugo para el congreso de Lausana impidieron el viaje, y Armando Barbés ha muerto sin haber visto á Victor Hugo, á quien le agradecía el haber contribuido á salvarle la vida.

Pobre Barbés, aun me parece estarle viendo con su alta estatura, su frente soberbia y sus ojos expresivos. ¡Cómo se incendiaban al nombre sagrado de la Francia! Amaba su patria hasta la adoración. Su amor filial tenía el fanatismo sublime del amor de madre. Habría dado su sangre por la felicidad de todos. Los partidos no juzgan á hombres como Barbés, sino

Armando Barbés.

Ha muerto el republicano francés Armando Barbés, en la tierra extranjera. Hace años ya que luchaba con un mal incurable, hasta que una crisis suprema ha concluido con él hace tres semanas. Una mañana su amigo Guignot, su compañero de cautividad durante muchos y muy tristes años recibió este telégrama: *Me muero, ven con Martin.*

Martin, era Martin Bernard. Guignot se puso en camino, dejando su obrador de sastre, para la Haya, en donde agonizaba el gran proscrito. Martin Bernard le siguió, y luego E. Arago, y sucesivamente todos los amigos antiguos y nuevos, señor V. Hugo y Luis Blanc, se sentaron cerca del sillón en donde Barbés, no tendido, sino siempre en pié, veía llegar su última hora. Madama Carlos Barbés, la hermana de Armando Barbés, había acudido igualmente. Por mi parte tendré el eterno sentimiento de no haber visto por la última vez aquel semblante orgulloso y soberbio, adelgazado por el dolor, varonil y suave, lleno de nobleza y de encanto.

Recibo en Limoges la fúnebre noticia y no tendré tiempo para llegar á la Haya, y Barbés está enterrado quizás á la hora en que escribo estas líneas en el pequeño campo santo holandés, donde yace otro proscrito, Lagrange. Me parece estar viendo la casita que ocupaba Barbés en el Blaatz, en la Haya, y el reducido aposento en que vivía entre sus libros y los retratos de sus compañeros de lucha, Luis Blanc, Charras, cuyo rostro enjuto y simpático se parecía al suyo, Victor Hugo y otros á quienes profesaba un cariño tan entrañable. Hace años ya que el dolor le tenía



ARMANDO BARBÉS.

que los admiran. Sean cuales fueren las ideas de un hombre, debe admiracion y respeto á esa pura y alta figura. Fué el caballero de la democracia. Habia en su lenguaje y en sus maneras, como en su pensamiento, una dignidad y una elegancia viriles. Se ha dicho que fué inútil á su causa. Barbés ha sido inútil, como aquellos mártires que caian afirmando su fe con su suplicio. No hay duda que muere vencido; pero muere sin mancha, muere admirado y amado, muere en la integridad de una noble vida, dejando á las futuras generaciones el austero ejemplo de la abnegacion, del sacrificio, de la constancia y de la serenidad en los padecimientos y en la lucha.

En una época en que las ideas se borran ante los intereses, en que el egoismo reemplaza el patriotismo, Armando Barbés representa el incesante combate por la justicia, la resistencia al dolor lento, la fidelidad risueña á la fe primitiva, y sobre todo la fe en el porvenir, sin que la quebrante el destierro.

Su amigo Charras, moribundo, hizo esperar á la muerte hasta que le trajeran de la otra orilla del rio (agonizaba en Basilea) un vaso de agua de Francia. Cuando bebió el agua dijo: puedo morir ahora y murió. Barbés habia querido ver á sus amigos de las horas de batalla, á sus queridos y verdaderos amigos, cuyo cariño lejos de envejecer habia crecido con los años. Una vez que los abrazó pronunció otra vez el nombre de la Francia y exhaló el último suspiro.

Ahora pues, en el campo santo de la Haya descansa un hombre, que fué un gran ciudadano y un gran corazon. No le conocerán hasta que se hayan publicado aquellas cartas que escribia precipitadamente á impulso de su emocio y como á las palpitaciones de su alma. Esta vez la pérdida no es para un partido, es para la patria. Barbés representa en efecto lo que ya no existe, un carácter y una fe.

Solo podia morir en el destierro.

J. CLARETIE.

Poetas líricos del siglo XIX.

LEOPARDI.

I.

Si poseyésemos el sobrenatural poder atribuido á los antiguos taumaturgos que evocaban á los muertos de la tumba, seguramente abusaríamos con frecuencia de tan maravillosa facultad, haríamos surgir á nuestra vista las sombras de los grandes hombres para conversar con ellos y preguntarle el secreto de los pasados siglos que con ellos yacen enterrados.

Hay sin embargo un nombre que el labio no se atrevería á pronunciar, por mas que una irresistible curiosidad le incitase á evocar la triste sombra de uno de los mayores poetas que han vivido sobre la tierra.

Impió atentado fuera en verdad pronunciar el nombre de Leopardi y turbar el sueño eterno en que por su bien reposa aquel sublime vate para quien la vida fué una carga pesadísima y un horrible tormento, aquel mártir de todos los dolores físicos, de todas las pesadumbres del alma, de todas las luchas de la inteligencia y de todas las ansias del ideal. Desesperado de la vida, aquel poeta fijó sus esperanzas en el sereno mundo de los sepulcros, se enamoró de la muerte, única deidad que templó sus amarguras y sonrió á sus amores; fué idólatra de la nada y del olvido.

La nada ha devorado el rendido despojo, dándole la eterna paz que solo los muertos conocen.

El olvido solo ha sido impotente para borrar su nombre esculpido en el bronce de los inmortales, y para extinguir el sonido de los mas sublimes y armoniosos cantos que ha inspirado la humana fantasía.

En los escasos pero incomparables versos que el gran Leopardi ha legado á su patria como un tesoro de gloria nacional, va extraída la esencia mas pura de su corazon, el rayo mas brillante de su portentosa fantasía, el fluido mas vivo de su sentimiento. Su vida y sus versos van tan unidos, como el espejo y la imagen reflejada. Si queremos comprender todo el valor de sus cantos, es menester que conozcamos las fuentes misteriosas de donde brotaron; los resortes que agitaron aquella exquisita sensibilidad.

En otros poetas la vida no se relaciona directamente con sus producciones, y la critica puede apreciar estas, prescindiendo de aquella por completo; pero en poetas tan personales como Leopardi y otros en quienes su obra es la trasfiguracion artistica de su espíritu, y en quienes el psicologismo de la inspiracion es manifiesto, la relacion es tan estrecha, tan esencial, que es conveniente, cuando no indispensable, conocer siquiera los grandes rasgos biográficos que han sido, por decirlo así, los moldes en que ha tomado forma la expresion estética de sus mas grandes y perfectas creaciones.

A la estrecha y estéril critica de La Harpe, Blair Batteux y los de su escuela, ha sucedido una que podemos llamar critica *intima*, la crítica de Sainte-Beuve, Stendhal, Taine y otros, que al analizar una obra literaria, buscan en ella el alma del autor, sus mas recón-

ditos pensamientos, las revelaciones de sus pasiones privadas.

Al lado de esta hay la critica estética, la crítica á lo Hegel, Vischer, Richter, Schlegel, Voituren, Leguin, Leveque Chaignet, que considerando la poesia como un arte universal, busca en todo poeta, antes que la expresion viva de una personalidad, lo que tiene de general, aquello en que cumple las leyes supremas del arte, y revela los eternos arquetipos de la belleza.

Hay por fin lo que podemos llamar critica histórica, la de los Müller, Weber, Herder, Egger, Weis, Scherer, Hignard, Deschanel y otros, que considerando la poesia como la manifestacion mas característica de la vida de los pueblos, la estudian como elemento histórico, la relacionan con la historia política, hacen en ella el estudio de la arqueología del pensamiento humano, y ven en todo poeta una especie de monumento, un geroglífico que les ha de revelar el secreto de toda una civilizacion enterrada bajo el peso de abrumadoras cronologías.

La primera escuela ha abusado un tanto, olvidando que á la crítica le incumbe juzgar la obra y presentar la vida de un poeta, pero no sorprender la confesion de sus secretos, ni hacer la diseccion de su alma. El crítico debe respetar lo que el poeta ha ocultado hasta á las intimidades de la musa.

La segunda suele sacrificar demasiado el artista al arte. Un poeta no es una teoría.

La tercera suele errar al tratar de explicar una época por un poeta, pues aunque el vate refleja el pensamiento de su siglo, siempre al destilarse en el crisol de la fantasía, los elementos históricos se desnaturalizan, pierden sus amalgamas, y el cuerpo, compuesto de una historia, suele reducirse al simple de un arte.

Armonizar en justo medio el fin de estas críticas, parécenos el propósito de la verdadera crítica, que evite las imprudentes profanaciones y temerarios juicios del biógrafo, las atrevidas tesis del estético y las aventuradas deducciones del historiador.

Esa armonía es la que nos proponemos en este modesto estudio, en que trataremos de ver la relacion entre la época y la vida del poeta y la parte que ellos tuvieron en la índole de su maravillosa poesia.

II.

En Recanati, pequeño pueblo de los Estados Pontificios, situado cerca de los Apeninos y frente al mar Adriático, nació el 20 de junio de 1798 Giacomo Leopardi, hijo mayor del conde Monaldo Leopardi.

Hombre instruido, el conde poseía una excelente biblioteca, la mejor de la provincia, circunstancia digna de tenerse en cuenta, pues que influyó poderosamente en el destino del poderoso poeta. En efecto, la biblioteca paterna fué el mundo donde nació, creció y se desarrolló su sobrenatural inteligencia.

En las soledades de Recanati, y en la casi exclusiva compañía de su padre, tres hermanos y su amadísima hermana Paulina, creció Leopardi aislado, triste, enfermizo, pero con una precocidad de entendimiento que sorprende. Como Pico de la Mirandola, como Pascal, como Mozart, fué Leopardi uno de esos niños prodigiosos que desde luego revelan el genio superior que atesoran en su frente, y anuncian gloriosos destinos ó sobrehumanos dolores.

Solo y sin maestro aprendió el francés, el inglés y el español: el latin le dominó por completo, y en la lengua griega adquirió tal perfeccion, que posteriormente escribió en aquella lengua dos himnos, que los eruditos tomaron por originales griegos, y él mismo confesaba serle mas familiar pensar en griego que en italiano.

En el mundo de la biblioteca, tan estrecho para el cuerpo como vasto para el pensamiento, vivía aquel niño absorbido en sus libros y olvidado de los juegos infantiles. Leopardi no tuvo niñez: nació hombre. Diríase que su inteligencia era una semilla preciosa plantada en el campo de la ciencia, nutriéndose con voracidad de la esencia intelectual de la antigüedad clásica. La ciencia fué su nodriza, y en los libros mamó la leche de la sabiduría. Allí, en la soledad, concebía sueños y mundos imaginarios, evocaba la antigüedad heroica: prisionero de los libros, su espíritu volaba á través de los siglos á respirar el aire de las generaciones pasadas; investigaba la razon de las cosas, el secreto del destino humano, analizaba la vida universal.

Terrible y peligroso era el juguete de aquel niño atrevido. ¡Jugar con la razon, con la ciencia, con la vida! ¡Levantar el velo de la naturaleza, tomar por diversion al mundo, y ver el resorte, la causa de todos los fenómenos! Aquellos juegos habian de arrancarle la inocencia, la alegría, secarle el corazon, y dejarle en la mente, primero la duda, despues la negacion.

Maravilla considerar la inmensa erudicion que adquirió Leopardi, sus profundos conocimientos históricos, filosóficos y especialmente filológicos, que hicieron de él uno de los primeros eruditos de Italia, á la edad en que la mayoría de los hombres empiezan á volver sus ojos á las invitaciones de la ciencia, y á someter su indómita pubertad al duro mandato del maestro. Catorce años tenia y pasma leer sus correspondencias con los mas doctos italianos, con Monti, Mai, con su mas íntimo amigo Pedro Giordani. Sabios como Cancellieri, Arkeblad, el célebre Niebuhr, Thilo, Watz, Bathe, Boissonade, Ceuzer y otros han valorado con sus admiraciones y elogios la extraordinaria capacidad de Leopardi como erudito y como sabio.

Pero tan vasta y precoz inteligencia vivía á costa del frágil y dolorido cuerpo que la albergaba, y ella solo absorbía todas las fuerzas vitales. Aquella niñez senil devoraba la frescura del corazon. El cerebro vino á ser el centro de la vida: en él residía la digestion intelectual; en aquella naturaleza pensadora todo se convertía en idea, nada se trasformaba en fuerza. Hasta los sentidos corporales parecian haber abdicado sus derechos en las potencias del alma. Jamás un cuerpo humano se ha entregado con mas sumision á la tiranía del pensamiento.

Viviendo de aquella vida cerebral, de aquella nutricion ideológica, aquel espectro humanizado apartaba los ojos del mundo que le rodeaba. En las lecturas clásicas su carácter adquirió el temple estóico y una firmeza antigua, y á haber estado sus fuerzas físicas en armonía con la energía de su corazon, Italia hubiera quizás contado en él un hombre de accion, el brazo de un héroe unido al entusiasmo de un poeta.

El aislamiento en que vivía nos lo ofrece bajo tres aspectos dolorosos. Solitario, sabio y enfermo. La soledad le daba su melancolía, la ciencia su escepticismo, la enfermedad su amargura. Enfermo de los riñones, del estómago, de la cabeza y de los nervios, padecía todos los rigores del dolor físico. Los libros son malos amigos, pues aunque levantan la mente á altas contemplaciones, no tienen entrañas, y concluyen por esterilizar el corazon de quien con ellos conversa en un eterno silencio, en una inaccion perpétua.

El alma de Leopardi, sin embargo, era amable y amante; su talento precoz y riquísimo en atributos se armonizaba con los mas puros y delicados sentimientos que el pecho puede abrigar. La excesiva erudicion tenia, por decirlo así, obstruidos y paralizados todos los resortes del organismo y todas las fuerzas morales de aquel adolescente; pero aquellas fuerzas debian romper en su perpétua tension la cárcel, la ligadura que las oprimia.

Recanati era un mundo estrechísimo para un espíritu tan vasto como el de Leopardi. Sus correspondencias íntimas con su amigo Giordani pintan al vivo los tormentos que sufría en la casa paterna. Vivir entre los hombres doctos y eminentes, adquirir gloria y posicion independiente con su pluma, era su sueño dorado: pero los escasos recursos de la familia le obligaban á permanecer y consumirse en la oscuridad, estrechez y monotonía de aquella triste ciudad.

No tener dinero es para un poeta una sentencia de muerte; y si para alguien tiene verdadero valor eso que la falsa virtud llama *vil metal*, es para el poeta, porque ese metal es el primer elemento de toda poesia: él emancipa el genio de toda tutela mezquina y humillante, realiza los sueños, legitima y cumple las esperanzas, levanta la inspiracion y da alas al genio, que sin ellas cae al abismo de la miseria, se arrastra, se envilece por la necesidad, se aniquila en las ansiedades y convulsivos esfuerzos de la desesperacion y de la impotencia.

Leopardi era pobre y luchaba para emanciparse de esa irremediable servidumbre. En todas sus cartas el deseo de volar y vivir de su trabajo es la idea que le atormenta.

Vivó alle lettere, se dijo por fin, y en el periódico el *Spettatore* publicó notabilísimos trabajos de erudicion filológica, que no mencionamos por ser ajenos á la crítica que nos proponemos en este trabajo.

Hasta ahora en Leopardi hemos visto solo al erudito, al sabio. ¿Cómo del erudito brota el poeta? ¿Qué estímulo es el que arranca de su alma apasionada los acentos mas vehementes de la humana poesia?

Un amor grande, inmenso, extraordinario, fué el que vino á conmover su corazon paralizado: el único amor verdadero de toda su vida. La amada, la querida, la esposa de Leopardi, se llama Italia. El amor á su patria fué el sentimiento predominante en su corazon herido por el dolor. Su patriotismo fué tan grande como su corazon, tan levantado como su inteligencia, tan triste como su propio destino. Pero en este amor, como en todos, el amante fué desgraciado, y nunca su amada satisfizo el ideal de sus tiernísimos afanes.

El sacudimiento de la revolucion francesa, el choque de la conquista napoleónica, habian despertado á Italia del sueño en que yacia sobre su lecho de polvo y de ruinas. A la caída del Imperio, en 1814, el ardor patrio empezaba á fermentar en los pechos italianos. De 1819 á 1820, la idea de la patria italiana empezaba á germinar en las conciencias. Parecia como que el ruido de los cañones y el galopar de los caballos habian levantado el polvo de las tradiciones y despertado las sombras de los antepasados, pues el recuerdo de las pasadas grandezas inspiraba magnánimas esperanzas á todos los hijos de Italia.

El fluido patriótico llegó á las soledades de Recanati, y sacudió el corazon de Leopardi. Veinte años tenia, en 1818, cuando publicó en Roma sus dos primeras y famosas canciones patrióticas *A Italia* y *Al Monumento de Dante*, que se preparaba en Florencia.

El primer canto del poeta fué para su amada patria, pero ¡ay! aquel canto es un lamento:

« O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le colonne e i simulacri e l'erme
Torri degli avi nostri,
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi... »

¡No veo la gloria! este es el primer dolor del vate; esta frase es la filosofía de todo su patriotismo. ¿Qué importan los gloriosos recuerdos, los antiguos laureles, si solo quedan las ruinas, el dolor y la servidumbre? El cantor, que en los arcos derruidos y en las columnas derribadas veía el esqueleto de piedra de la antigua grandeza romana, y que en los libros había sentido palpar la vida de aquel inmenso cadáver; ¿qué podía lanzar sino un tristísimo lamento?

Su canción á Italia es, en efecto, una de las mas bellas odas elegíacas que ha inspirado la musa italiana. El movimiento, la rapidez, la pasión, la viril entonación y brillante colorido con que el poeta pinta en magníficos y armoniosos versos á la infeliz Italia, desceñido el manto, llorosa, desconsolada, cubierta de heridas; la patética vehemencia con que lamenta el antiguo heroísmo y la decadencia de los hijos italianos, luchando en tierra extraña por extranjera gente; la pintoresca evocación de las Termópilas, donde los griegos morían por la patria: todo esto, á pesar de cierto esfuerzo y tirantez á veces, hacen de esta composición una verdadera joya poética y uno de los mas perfectos modelos del género.

La voz de Leopardi era la voz de Italia que despertaba, y su canto estremeció de entusiasmo á los italianos. Como J. J. Rousseau, con su discurso sobre el progreso de las ciencias y las artes; como Byron, con su *Childe Harold*; como Zorrilla, con su composición á Larra, Leopardi improvisó su reputación, y apareció como uno de los mas grandes poetas de su patria.

Para Leopardi, solo el recuerdo y la imitación de los antiguos ejemplos, podía levantar á Italia de su postración. Honrar á los antecesores, era el primer deber del patriotismo, y por eso, con la misma efusión con que había cantado la ruina italiana, cantó la alabanza de los italianos que, vengando la ingratitud de pasados tiempos, levantaban en la mas que ingrata Florencia un monumento á Dante, al padre, al genio, al númen protector de las letras italianas.

Las artes han sido siempre el consuelo de los males de Italia, Leopardi ensalza este renacimiento artístico con una nobleza de ideas, tan abundantes, que le embargan y le arrancan admiraciones é interrogaciones entusiastas y rebosando patriótica idolatría. La canción *Al monumento de Dante* es un dechado de alta inspiración y arte consumado. ¡Qué elocuente y acerbo apóstrofe pone término á esta grandiosa composición!

« Io mentre viva andrò sciamando intorno :

Volgiti agli avi tuoi, guasto legnaggio ;
Mira queste ruine
E le carte e le tele e i marmi e i templi ;
Pensa qual terra premi ; e se destarti
Non può la luce di cotanti esempli,
Che stai? lévati e parti.
Non si conviene a sí corrotta usanza
Questa d'animi eccelsi altrice e scola :
Se di codardi è stanza,
Meglio l'è rimaner vedova e sola. »

Al renacimiento político y artístico que se iniciaba, se unía otro renacimiento científico y literario. Del polvo de los claustros y archivos, se desenterraban los antiguos escritos. Angelo Mai acababa de descubrir la *Repubblica* de Cicerón, y el novel poeta de Recanati no pudo contener su entusiasmo y escribió su tercera canción al oír la voz de los abuelos, tanto tiempo olvidada. El precioso descubrimiento de Mai le mueve á evocar aquellos dichosos tiempos pasados en que Colón descubría nuevos mundos y Tasso cantaba los felices engaños, las armas, los amores, las damas, los caballeros, los palacios y los jardines, y aquellos errores que hacían grande la vida al ensanchar los pintorescos horizontes de la fantasía. Con los descubrimientos solo se acrecienta la nada, *solo il nulla s'acresce*: el mar, la tierra, el aire, aparecen mas grandes á los ojos del niño que los contempla, que á los del sabio que los estudia y mide. Por eso eran felices para Leopardi aquellas edades soñadoras y de fáciles leyendas, y por eso las canta como superiores á estos tiempos en que el fastidio y la nada nos acompañan desde la cuna al sepulcro.

El llanto y el dolor son preferibles al tedio y á la indiferencia, á la cobardía y á la vulgaridad de su siglo. Esta es la filosofía de sus cantos patrióticos, y por eso en el bellísimo epitalamio heroico á las bodas de su hermana Paulina, la excita con varonil acento á que eduque á sus hijos en el amor de la patria, en el desprecio de las riquezas. Si sus hijos han de ser infelices ó cobardes, sean antes infelices: eduquelos como á varones fuertes, pues tal es la misión de las mujeres, en cuyas manos está la suerte de la patria, y cuyos encantos estimulan á altos hechos y nobles afectos. Virginia despertó á Roma del ócio, de la servidumbre: las madres italianas son la esperanza de una prole viril que renueve los patrios ejemplos.

En el canto al *Vencedor á la Pelota*, evoca los recuerdos de las glorias olímpicas, recompensadas por las coronas y por los cantos pindarios, y alienta al joven vencedor á que prefiera la *sudata virtú* al ócio femenino, á que, renovando los antiguos ejemplos, dispute á los siglos el despojo de su nombre.

Tal es el patriotismo noble, levantado, pero melancólico de Leopardi. Las tristezas de lo presente le hacen adorar lo pasado y lamentar la ruina que le rodea. Esto

no es nuevo: el dolor ha sido siempre la musa de Italia como él mismo dice:

Dal dolor dolor nasce
Il italiano canto.

En Dante comenzó el lamento lírico, transmitido como una herencia por el canto de todos sus poetas hasta Alfieri y Manzoni, y repetido por los genios de Byron, Lamartine y madama Stael. Ese dolor italiano vino á ser ya un elemento estético y casi esencial de la poesía italiana, y en Leopardi adquirió su expresión artística mas perfecta, patética y armoniosa. La lira de Leopardi, acompañando el lamento de Italia, no podía menos de resonar en el alma de los italianos. El poeta, en su desesperación, parecía querer avergonzar á sus contemporáneos, recordándoles como un lema mobiliario el grandioso verso de Virgilio,

Te rege imperio populos romane memento.

Leopardi, que nunca conoció la esperanza, que la miró como el sarcasmo de la vida humana, en su dolor de patriota no abrigó la esperanza de ver renacer á Italia, y en su odio á la Francia, al pintar á los soldados italianos muriendo en la campaña de 1812, confundidos entre las legiones francesas, en medio de los boreales desiertos de nieve, los consuela de su desgraciada suerte diciéndoles, que ningun consuelo hubieran hallado ni en la presente edad, ni en la futura; acento amargo del que nada espera y desconfía de las redenciones del porvenir.

Si Leopardi hubiese esperado, habría visto que precisamente hacia 1820, cuando él entonaba sus cantos patrióticos, se verificaban los tres renacimientos, político, artístico y literario de su patria. La voz republicana de Alfieri había estremecido la escena; Manzoni, con su *Carmagnola* y sus cantos religiosos, despertaba el heroísmo y la fe; la *Antología* era el centro de un movimiento poético, iniciador de la reforma romántica. Monti, Foscolo, Mascheroni y Pindemonte, resucitaban las formas del clasicismo griego; Giusti, especie de Beranger frenético, ridiculizaba las abominaciones clericales; Parini, satirizaba la afeminación de las costumbres; Ariotti, Grossi, Nicolini, levantaban el espíritu poético y cantaban los dolores y esperanzas de Italia; Mamiani, Galuppi y Rosmini, encendían la divina antorcha de la filosofía. La vegetación artística del genio itálico, crecía con una savia nueva y fecunda. Italia renacía por la inteligencia: el aliento de una revolución henchía los pechos italianos; pronto los labios habían de repetir el grito de Julio II para arrojar á los bárbaros, y la revolución, hasta entonces aristocrática y artística, había de ser nacional y potente. Gioberti en su *Primado* formulaba el ideal de los destinos de su Italia y de su Iglesia, y determinaba la revolución neo-güelfa, á cuyo frente había de ponerse el mismo pontífice, si bien para hacerla luego traición y combatirla.

Si en Novara quedó quebrantado el valor italiano, no importa: César Balbo, en su libro *Esperanzas*, recogerá del campo de batalla las abatidas pero no muertas esperanzas del pueblo vencido. El talento de un Cavour, reconcentrando la prodigiosa aptitud política del genio italiano, cumplirá el sueño de Dante, Machiavelli, Guicciardini y todos los ilustres pensadores italianos. Solferino vengará á Novara; los hijos de Francia, muriendo en las llanuras de Lombardia, pagarán aquella sangre italiana vertida en las estepas de Rusia, y que tanto dolía á Leopardi. Villafranca abrirá á Italia la puerta de su porvenir, y será la piedra angular de su soñada unidad. El heroísmo épico y aventurero de Garibaldi arrojará la torpe raza de tiranuelos, y el porvenir completará los altos destinos de ese gran pueblo, cubriendo su destrozado manto de ruinas con el manto esplendente de sus artes maravillosas.

Si Leopardi hubiera presentado algo de esto, ¿qué magníficos cantos no le hubiera arrancado la esperanza? Pero, poeta desesperado, como el genio melancólico de las ruinas, exhaló su doloroso patriotismo en sublimes ayes, en varoniles exhortaciones. A la sombra de los arcos, á sus ojos menos derruidos que las virtudes romanas, derramó las amargas lágrimas del amante que ve morir consunta á su amada sin esperanza de salvación alguna.

Por patrióticos que fuesen los cantos de Leopardi, no dejaban de ser un peligro verdadero. Entonces, como ahora, en los Estados Pontificios era peligroso ser liberal y cantar las grandes aspiraciones de independencia nacional. Además, los tratados de 1815 habían traído lo que podemos llamar el reinado de la *policia*, y el conde Monaldo Leopardi, con su estrecho, aunque recto criterio, comprendió el peligro que para su hijo podían ofrecer aquellos cantos imprudentes. Opúsose á su publicación, y desde entonces el joven poeta encontró en la voluntad paterna una oposición que había de contribuir no poco á su desesperación, pero que al propio tiempo debía salvarle de verdaderos males.

Rara vez los padres comprenden todo el valor de los seres superiores á quienes dan la vida, y tachan de extravagancia, cuando no de locura, los atrevidos vuelos y los desbordamientos é indómitos deseos de una privilegiada inteligencia. El gran poeta Shelley decía siendo muy joven: « Si muero mañana, he vivido bastante para ser mayor que mi padre » El de Leopardi no comprendía todo el precio de su hijo, pero su espíritu *bourgeois* y

práctico, sirvió de contrapeso á los ideales arrebatos de aquel. Católico rancio y hombre chapado á la antigua, le alarmaban las audaces expansiones de aquel sabio adolescente. Este, en su estado enfermizo, no hubiera podido resistir á los rigores de una persecución, ni á las inclemencias de un calabozo, y en honor de la verdad, el conde acaso le salvaba la vida.

Pero el padre no solo coartaba los poéticos impulsos del hijo, sino que, pretextando la estrechez de sus recursos, al salvarle de un calabozo, en Recanati, en el *aborrito e inabitabile* Recanati, como él le llama, en ciudad-sepulcro, donde, entre tormentos prometéticos, yacía el infeliz poeta enterrado en vida. Aunque el conde tuviera, si no razón, disculpa en su conducta, el genio no se somete fácilmente á la imperiosa ley de la reflexión, ni á la desesperante lógica de la vida ordinaria. Como la codorniz, que jamás se resigna á la estrechez de su jaula y estrelló su cabeza en incansantes y desesperados saltos, el poeta, que oía los aplausos que á sus cantos tributaba la patria, que vivía en comunicación intelectual con los hombres pensadores, no podía resignarse á la soledad, pues de tal podía reputarse la compañía de la gente imbécil y grosera de Recanati, que le menospreciaba porque no le comprendía. Allí el mal físico consumía su juventud y le reducía á la impotencia; la hiel destilaba gota á gota en su pecho desesperado; los sueños, las ilusiones caían como rosas marchitas de su frente, rosas fecundas de ideas, dejando solo la negación como despojo del roedor pensamiento, el suspiro como único consuelo del afligido pecho. Así fué cómo adquirió aquella intensísima melancolía que refleja todos sus cantares, su filosofía pesimista, su estético desprecio de la vida y su apasionado amor á la muerte.

Nada hay tan interesante como leer sus cartas elocuentes, especialmente á su íntimo Giordani, confidente de de todas sus penas. Estas cartas nos revelan uno de esos dramas sin episodios que pasan dentro del alma humana; esas lágrimas que nadie enjuga; esos éxtasis que no se formulan en palabras; esos anhelos infinitos del que sueña lo imposible. En las confidencias de la amistad oigamos el quejido penetrante del poeta, que ve su vida perdida como una sombra entre la luz que le fascina ó aislada como una luz entre la sombra que le rodea.

« Desde la niñez he empezado á pensar y padecer: he conocido todas las amarguras de la vida: á la edad de veinte y un años, á que he llegado, me siento ya viejo, mortalmente decrepito. Es tiempo de morir; no puedo resistir mas. Soy un desgraciado maldecido por el destino. »

En otra ocasión escribe:

« Hace algunas noches, al abrir mi ventana antes de acostarme, el cielo estaba sereno, el aire templado, la luna brillante. Sentí despertarse en mí antiguas ideas, largo tiempo adormecidas, y con una delirante emoción, me puse á gritar como un loco, pidiendo compañía á la naturaleza, cuya voz me parecía que llegaba hasta mí. En aquel momento me puse á considerar la vida que hace un año llevo aquí, y con el corazón oprimido me pregunté cómo se puede soportar el vivir después de haber visto extinguirse la ilusión, el amor, la entusiasta imaginación y todo cuanto me llenaba en otro tiempo y me hacía feliz á pesar de lo penosa que era ya mi suerte. Ahora mi alma está marchita... »

Su desesperación se torna casi en rabia.

« Me arrojo y me revuelco por el suelo preguntándome con desesperación cuánto tiempo me queda aun de vida. No veo término á mis infortunios; ¿tendré todavía que soportar mas tiempo esta pesada carga de la vida? »

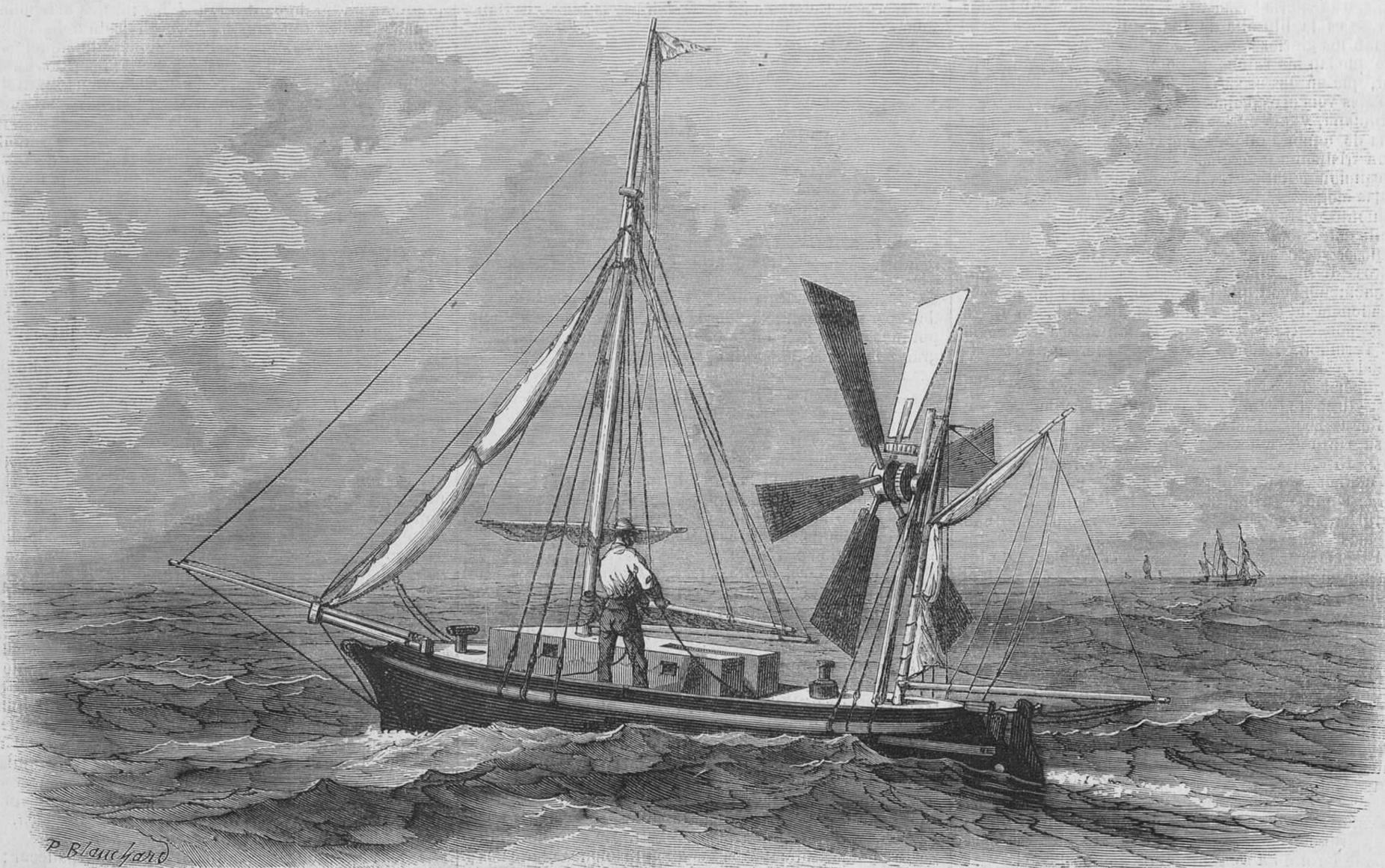
Su corazón recorre toda la gama del dolor, y llega á la última nota de la desesperación: al abatimiento.

« Ya he perdido hasta el deseo de morir. » ¡Terrible frase, que pinta los estragos de aquel alma atormentada!

Hemos citado estos trozos, porque en su elocuente y sentida vehemencia nos revelan los fundamentos psicológicos de toda la inspiración de Leopardi. Por ellos comprendemos toda la poesía de este vate del dolor. El hastío de este Fausto de veinte y un años no es el hastío del inútil estudio ó de la larga experiencia; no es el hastío de la ambición que desespera de la gloria; no es el aburrimiento de don Juan, cansado de buscar el ideal del amor en el libro del placer; ni es, en fin, ese hastío ridículo del calaverilla, tipo de esa extravagante *juventud sin sonrisa*, y que la echa de corrida antes de haber vivido. El dolor de Leopardi es el dolor legítimo y viril de quien desde la niñez ha vivido en la vida severa del pensamiento, y ha devorado la fruta amarga de la ciencia. El pensamiento hasta mas que el placer, porque mas pronto descubre la frágil trama de la bordada tela de la vida; la ciencia da mas desengaños que el amor, porque no consiente los falaces devaneos de la ilusión. El desencanto del racionalista y los padecimientos agudos del enfermo, hacían de Leopardi un verdadero mártir de la vida.

En Byron, Espronceda y otros poetas de la escuela romántica, el dolor tiene á veces algo de afectado, teatral y declamatorio. Sus amarguras tienen la hiel de la ironía; sus lamentos suelen ser ásperos y agresivos, y cuántas veces tras ellos, el poeta se degrada con las mas groseras carcajadas y las mas vulgares alegrías de la vida ordinaria.

(Se continuará.)



El CITY-OF-RAGUSE, embarcacion que hace la travesia de Inglaterra á América.

El City-of-Raguse.

Hé aquí una embarcacion de algunos piés de larga, á cuyo bordo dos atrevidos viajeros se han propuesto atra-

vesar las 900 leguas que separan el antiguo mundo del continente americano.

El City-of-Raguse, cuya figura exacta se ve representada en nuestro dibujo, es una simple chalupa con puen-

te, que carga un poco menos de dos toneladas, y mide 6 metros de largo sobre 4^m, 80 de ancho; lleva víveres para tres meses y 450 litros de agua dulce, y aun ha sido posible disponer á su bordo un camarote de 4^m, 43



SUCESOS DE PORTUGAL. — Manifestacion en favor del general Saldanha en Lisboa.

en su mayor dimension. En este angosto espacio, donde un hombre no podia estar de pié, deberá refugiarse la tripulacion si sobreviene una tormenta.

El *City-of-Raguse*, que puede desplegar al viento una superficie de lona de unos 60 metros cuadrados, lleva además un aparato cuyo singular aspecto no contribuirá poco á sorprender á los navegantes que distingan en medio del Océano ese buque en miniatura. Nos referimos al molino de viento que se observará en nuestro grabado, aparato que sirve para mover una hélice á cuyo beneficio el buque podrá continuar su marcha con viento contrario, sistema ingenioso seguramente; pero en el cual, á decir verdad, no abrigariamos nosotros la mayor confianza.

El martes 15 de junio por la tarde salió el *City-of-Raguse* del puerto de Queens-town, punto de partida de su viaje, y el sábado siguiente un piloto inglés le encontró á 40 millas en alta mar: despues no se han tenido mas noticias. Confiamos en que los dos osados marinos que van á bordo llegarán sanos y salvos al término de su expedicion, y harán en los Estados Unidos una buena cosecha de dollars explotando la curiosidad de los americanos,

P. P.

Manifestacion

EN FAVOR DEL GENERAL SALDANHA EN LISBOA.

En la página 52 damos un dibujo que demuestra bajo su verdadero aspecto la situacion de Lisboa y de Portugal. El mariscal Saldanha reina y gobierna, y el pueblo de Lisboa le da serenatas.

El 19 de junio una manifestacion política, en la que figuraban mas de doce mil ciudadanos, ha aclamado con un entusiasmo indecible al héroe del último golpe de Estado. En esta demostracion ha habido con abundancia músicas y discursos, y nuestro dibujo representa el instante en que pronuncian una de esas alocuciones políticas.

El *Popular* de Lisboa, periódico afecto al duque de Saldanha, publica una extensa reseña de la manifestacion de que tratamos, y reproduce el mensaje que los manifestantes entregaron al presidente del Consejo: en ella, despues de grandes elogios al duque, leemos el siguiente párrafo relativo á la cuestion que mas nos interesa: « Nada decimos sobre independencia nacional, porque el pueblo portugués sabe muy bien que V. E. no dejará de vigilar cuidadosamente para conservar nuestra autonomia. » El número de las personas que asistieron al acto fueron muchas, contando á los curiosos, que no serian pocos. Reunidas delante de la casa del duque, dieron vivas á la independencia nacional, al ejército, al ministerio y su presidente, contestando este con vivas á la nacion portuguesa, al rey Don Luis y al pueblo de Lisboa. El *Popular* saca de la manifestacion las deducciones favorables al gobierno, que pueden suponerse tratándose de un periódico ministerial.

A. M.

Una vista en las cercanías de Paris.

El sitio que representa nuestro dibujo, que es la re-

produccion de un bonito paisaje de M. Sauvageot, se halla admirablemente elegido, pues al lado de los elementos mas pintorescos de la naturaleza, el cielo, los árboles y el agua, se encuentran las señales del paso del hombre que completan su fisonomía particular.

Sin embargo, á nuestro juicio, la figura humana tiene una importancia sobrado considerable en este cuadro, pues no solo nos parece de unas proporciones exageradas, sino que habriamos preferido que el pintor se dispusese de introducirla en su obra, en razon á que la esclusa y la escalera rústica indican suficientemente el carácter civilizado del paisaje.



Una vista en las cercanías de Paris.

Sea como quiera, el cuadro que reproducimos es muy notable, y justamente por esa misma razon nos aventuramos á hacer nuestra critica de puro detalle. L.

Las armas de la mujer.

I.

En la época belicosa que atravesamos, en esta época

en que se inventan cañones, fusiles, pistolas, máquinas de batir ejércitos, medios de arrasar ciudades, y todo género de instrumentos destructores de la humanidad, como si la vida fuese tan larga y estuviera tan exenta de peligros, en esta época guerrera y valerosa, no parecerá extraño el que yo haga tambien ostentacion de las armas de mi sexo, enumerándolas, elogiándolas y recomendando su uso constante, para defensa de nuestros derechos y bienestar.

Nuestras armas son numerosas y fuertes; tan fuertes, que sabiéndolas esgrimir bien, y sobre todo á tiempo, el guerrero mas temible, mas audaz y mas fiero, depone su lanza, inclina la cabeza, y pide gracia y misericordia.

¿Qué loca manía invade hoy las cabezas femeninas, al querer dejar los privilegios del sexo débil, tan bien armado, tan seguro de su victoria?

¿Por qué quieren ceñir el birrete de abogado ó de doctor, dejando las blondas y las flores, que tan graciosamente coronan las blancas sienas de la mujer?

Con la blanda sumision, con la amorosa obediencia, abdican todo su poder y entregan las bellas armas que poseen.

Los hombres no las contarán como sus iguales; que no es la ciencia ni el estudio lo que da la energía del alma, la fuerza del carácter, y de poseer estas altas prendas, la mujer dejaria de serlo.

Yo no quiero parecerme en nada al sexo fuerte, y prefiero escudarme con mi debilidad, á tener la terrible responsabilidad de la fuerza.

Obedecer es mucho mejor, mas fácil y mas dulce que *mandar*.

II.

Pasemos revista á nuestras armas, ¡oh, mis lectoras! y la que haya olvidado las suyas, que las prepare y las tenga prontas para el combate.

La dulzura es el auxiliar mas poderoso para conquistar todo cuanto apetecemos; pues seamos dulces en todo: en el carácter, en las acciones, en la expresion del rostro, en las inflexiones de la voz, en la mirada y en la sonrisa.

Cuando un hombre se deja llevar por la cólera y se olvida de lo que se debe á sí mismo, una palabra dulce le desarma, y una dulce mirada le avergüenza.

El contraste es la grande elocuencia y la gran leccion de la vida.

Una dulce sonrisa da las gracias con mas verdad que una arenga, y una dulce inflexion de voz alcanza mas que todas las instancias.

Todos los poetas han vestido sus inmortales creaciones con el ropaje de la dulzura.

¿Qué otra cosa sino su imágen son la *Cordelia* de Shakspeare; la *Cossete*, de Victor Hugo; *Elisa de Teule*, de Feuillet, y *Corina*, de madama Stael?

¿La música encantaria, si no fuese por su dulzura y sentimiento?

¿Amariamos á las flores, á no ser por su dulce perfume y suave belleza?

El grato ambiente de la primavera, ¿no parece reanimarnos con su penetrante belleza?

Sí: la dulzura es lo mas bello que se conoce, y lo que ejerce un predominio mayor en el alma, y con el manto de la dulzura se adorna todo lo que es inmortal: seamos dulces, aunque tengamos razon para estar resentidas y mostremos *sentimiento*; pero *cólera*, jamás.

Julietta sedujo á Romeo por su inefable dulzura de carácter: así lo dice el poeta, y así lo demuestra en la deliciosa escena de *¡adiós!* que los dos jóvenes tienen á la aurora del dia que los separa para siempre, y en la

que la amada dice al amante, para retenerle un poco mas, que no es la alondra la que canta, sino el ruiseñor que se deja oír entre las sombras de la noche.

Habrà quien comprenda y ame á la mujer fuerte y enérgica y yo siento no ser de ese número, para amar de otro modo nuevo á la mujer; mas aun cuando la voy á buscar, para admirarla, al campo del pasado y entre las páginas de la historia, admiro mas á la mártir de las oscuras penas del hogar doméstico, que á las que se han ceñido el sangriento laurel de las batallas.

Bastantes hombres hay que derraman la sangre de sus semejantes.

A las mujeres toca, no herir, sino rezar, amar y bendecir.

La resignacion es otra de las armas mejores, y, á la vez, una de las santas coqueterías de la mujer.

No es la falta de sentimiento: es el sentimiento mismo, domado, suavizado, embellecido con la dulzura y la paciencia.

No hace mucho tiempo que reconvenia yo á un hombre de mérito, que, casado con una bella jóven, hacia la córte á otra mujer no tan bella; haciale yo notar que no ganaba en el cambio, y me respondió:

— Usted se engaña, amiga mia: gano y mucho: mi mujer tiene un carácter insoportable, y en casa de esa persona descanso de oír la quejarse de todo: justamente esa otra no se queja de nada.

— Porque le quiere á Vd. menos.

— Pues desearia que mi mujer no me quisiera tanto, y seria mas feliz: cariño que se expresa mortificando, no sirve para nada.

— ¿Y no le remuerde á Vd. la conciencia de ser infiel á su mujer?

— ¡Absolutamente! Pasaria muy malos ratos si la viera resignada y triste, pero dulce; mas ha tomado un camino que me absuelve; se enoja, se encoleriza, y me creo en paz con mi conciencia, en atencion á lo que me hace sufrir.

— ¡Si ella supiera que le era Vd. fiel, no estaria incomodada!

— Lo estaba lo mismo cuando lo era, lo ha estado siempre, y siempre lo estará: así es que me es lo mismo obrar bien con ella como obrar mal, y no veo la razon de por qué no he de ser yo feliz en lo posible, haciéndome ella tan desdichado.

¡Cuánto hubiera ganado aquella pobre mujer por medio de la dulzura y de la resignacion!

No hay hombre de corazon tan duro, que al ver sufrir á su esposa silenciosa y noblemente por sus extravíos, no se avergüence de ellos, y no procure corregirlos.

Réstame hablar de la mas bella de nuestras armas: del puñalito con mango incrustado de pedrería, y cuya hoja está delicadamente cincelada: del primoroso juguete, cuyo resplandor atrae y seduce.

De la coquetería.

¿Os asustais? No hay por qué: la coquetería no tiene nada que ver con el coquetismo: es sencillamente el deseo de agrandar y el arte de conseguirlo.

La mujer necesita conservar la coquetería para su felicidad; porque la coquetería es una especie de conocimiento de su propio mérito, que la induce á realizarlo en cuanto puede, y á aumentarlo con mil gracias é inocentes recursos: puede decirse que la coquetería es amable, puesto que se ocupa de complacer.

Entre una mujer que descuide su traje y su atavío, y otra vestida con coquetería, no hay que dudar cuál alcanzará mas victorias: no será la mas buena, si no la mas agradable.

Casi todos los maridos negarán una cosa justa, exigida en nombre del derecho por su esposa, y no resistirán á la vista de un brazo blanco y torneado que se apoya en su hombro, en tanto que los labios piden, *por favor*, la misma cosa, entre dos lágrimas y una sonrisa.

¡Oh, las lágrimas! ¡Las lágrimas á tiempo son otro de los auxiliares de la coquetería! Pero las lágrimas vertidas dulcemente y sin cólera, aunque sean arrancadas por el sentimiento: ellas son las balas de que debemos servirnos para tomar las fortalezas mas inexpugnables.

La dulzura, la persuasion, la belleza, el llanto; y cuando nada de esto baste; la paciencia: hé aquí nuestros medios de conquista y nuestros recursos diplomáticos para alcanzar la felicidad en esta vida.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Estudios militares.

EMPLEO DEL ELEFANTE EN LOS EJÉRCITOS.

El elefante, segun Buffon, es, exceptuando el hombre, el ser mas notable de este mundo, pues excede en magnitud á todos los animales terrestres, y se aproxima al hombre por la inteligencia, á lo menos todo cuanto puede de la materia aproximarse al espíritu.

Los hombres han tenido en todos tiempos una especie de veneracion á este animal, mirándolo los antiguos como un milagro de la naturaleza, exagerando sus facultades animales y atribuyéndole, sin ningun reparo, cualidades intelectuales y virtudes morales. Plinio, Eliano, Plutarco y otros autores mas modernos, no han tenido reparo en dar á estos animales costumbres racionales; una religion natural é innata; la observancia de

un culto; el espíritu de adivinacion y la piedad hácia el cielo y con sus semejantes, etc.

Los indios, preocupados con la idea de la metempsícosis, están todavía persuadidos de que un cuerpo tan majestuoso no puede ser animado sino por el alma de un grande hombre ó de un rey.

El empleo de los elefantes en la guerra se pierde en la oscuridad de los tiempos, siendo los pueblos de Oriente, y muy particularmente la India, los primeros que emplearon este elemento militar con grande éxito. La primera vez que un ejército europeo tuvo que luchar contra estos formidables animales, fué al pasar el Hidaspe (327 años antes de Jesucristo), en cuya orilla opuesta encontró Alejandro á Poro, á la cabeza de un ejército formidable, y cuya primera línea la formaban 200 elefantes, con intervalos de cien piés.

Quinto Curcio, al hablar de esta batalla, dice que los elefantes dispersaron en un principio á las tropas ligeras que precedian á la falanxe, y que fué grande el terror de los macedonios al ver á sus soldados elevados por los aires, y enlazados con la trompa del elefante, ser entregados á los soldados que los montaban. Esto hizo á los macedonios mas circunspectos, y notando la dificultad con que este animal se movia, daban vueltas á su alrededor, hasta que conseguian con hachas cortar las piernas, y por medio de unas espadas encorvadas llamadas *copides*, herian al elefante en la trompa hasta dividírsela.

La batalla de Hidaspe, así como la de Arbela, que abrieron á Alejandro las puertas del Asia, y en las que tuvo que luchar contra estos terribles animales, le hicieron variar de táctica y abrir sus formidables falanjes para dejar libre el paso al corpulento enemigo. Entre los elefantes cogidos por Alejandro en la batalla de Hidaspe, se hallaba uno de grande estatura, el cual montaba Poro. A este elefante se le dió por el vencedor el nombre de Ajax: se le cubrió de telas preciosas; sus colmillos se adornaron con brazaletes de oro y plata, en los que se grabó la siguiente inscripcion: «Alejandro, hijo de Júpiter, ofrece este elefante al sol.»

El gran número de elefantes que Alejandro el Grande conquistó en la India, fueron repartidos despues de su muerte entre sus sucesores, que los emplearon, á su vez, con grande éxito en la guerra, distinguiéndose, entre otros, Seleucus-Nicator, que llegó á reunir tan gran número de estos animales, que recibió el sobrenombre de *Elefantarca*, presentando en la batalla de Iso (año 304 antes de Jesucristo), 400 elefantes de guerra contra su adversario, que disponia solo de 73.

Antipater fué el primero que, cuatro años despues de la muerte del gran conquistador, trajo á Grecia los primeros elefantes que pisaron la Europa. El año 280 antes de Jesucristo, los mismos elefantes que presenciaron la derrota de Poro, fueron llevados á Italia por Pirro, los cuales decidieron de la batalla de Heracléa.

El elefante de la India era preferido al de Africa, por su mayor tamaño, su arrojo, superior al de la Libia, y por su mayor comprension y obediencia. En la batalla de Rafia, que tuvo lugar el año 217 antes de Jesucristo, entre Antioco III, rey de Siria, y Ptolomeo-Philopator, rey de Egipto, se presentaron elefantes de los dos continentes. Pilibio describe este sangriento hecho de armas, y entre otras cosas, dice lo siguiente:

«Apenas sonaron las trompas guerreras, los elefantes comenzaron la accion, llevando en un principio la ventaja los de Ptolomeo, que con gran furia cayeron sobre los de Antioco.»

«Los soldados que guarnecian las torres que conducian estos animales, se batieron cuerpo á cuerpo con encarnizado furor; pero lo mas notable fué el ver á los elefantes darse enormes topetadas y reñir á su vez cuerpo á cuerpo. Se sujetaban con los colmillos, y sin cambiar de sitio, se empujaban el uno contra el otro, hasta que el mas fuerte conseguia ladear al mas débil, y entonces le traspasaba el cuerpo con los colmillos. La mayor parte de los elefantes de Ptolomeo temieron el combate, como suele suceder á los de Africa, los cuales no pueden aguantar ni el olor ni los gritos del elefante de las Indias. Los elefantes africanos, habiéndose declarado en completa huida, rompieron las filas de su mismo ejército, arrollándolo todo y destruyendo casi por completo la guardia particular de Ptolomeo.»

En las guerras Púnicas, los cartagineses emplearon con grande éxito los elefantes, que vinieron á reemplazar á los carros falcados, debiendo contarse como uno de los hechos mas notables la marcha de Annibal con estos corpulentos animales á través de los Alpes. Masinisa, Yugurta, Juba y otros reyes de Africa, poseian en sus ejércitos un gran número de estos animales.

Los romanos los usaron tambien en mas de una ocasion en sus combates, siendo el principal de entre ellos el de Cinocéfala, contra Philipo de Macedonia.

Los elefantes fueron tambien empleados en el ataque de las plazas. El año 348 antes de Jesucristo, Polisperchon, nombrado regente de Macedonia, despues de la muerte de Antipater, puso sitio á Megalópolis. Abierta la brecha, lanzó al asalto sesenta y cuatro elefantes; pero los sitiados rechazaron este ataque, sembrando en el camino que debian seguir tablas guarnecidas de clavos puestos de punta, á modo de *abrojos*, los que estropearon de tal suerte á estos animales, que recularon llenos de furor; lanzaron las torres que conducian sobre sus potentes lomos, y ciegos de furor, se revolviaron contra sus mismos soldados; lo que unido á una vigorosa salida por parte de los sitiados, le obligaron á Polisperchon á levantar precipitadamente el sitio.

Pirro, en el ataque de Agos, donde perdió la vida, tuvo la funesta idea de lanzar sus elefantes dentro de la

ciudad. Plutarco describe este hecho del modo siguiente: «Siendo las puertas de la plaza demasiado bajas para dar paso á los elefantes con sus torres, fué preciso quitárselas, y luego volvérselas á poner, y todo esto, enmedio de las tinieblas y el tumulto consiguiente á un asalto. Batido Pirro dentro de la plaza y forzado á retirarse, encontró interceptada la puerta principal por uno de sus mayores elefantes que, colocado de través, no podia moverse ni adelante ni atrás, cerrando de esta suerte el paso á los que huian. Esta situacion tan crítica se aumentó de una manera terrible. Otro de los elefantes que habian entrado en la ciudad, llamado Nicon, que quiere decir victorioso, buscando á su conductor, que habia muerto en la refriega, lo encontró, lo recogió con su trompa, lo tendió sobre sus formidables colmillos, y deseando vengar la muerte de este, se lanzó igualmente y ciego de furor contra sus mismos soldados, que huian, concluyendo de esta suerte con sembrar el espanto y la confusion en el ejército de Pirro.»

Antígono Gonatas, rey de Macedonia, empleó, segun Polieno, en el sitio de Megara, los elefantes como columnas de asalto. Para librarse los sitiados de este ataque, reunieron gran cantidad de cerdos: los untaron con pez derretido, y prendiéndolos fuego, los lanzaron contra los elefantes en el momento del ataque. Los cerdos, devorados por las llamas y dando gruñidos espantosos, llegaron bien pronto á la columna de ataque, produciendo en los elefantes tal espanto, que retrocedieron en confuso tropel, arrollando todo cuanto encontraban á su paso. Desde entonces Antígono, para evitar que en lo sucesivo se repitiese este desagradable incidente, ordenó que se criasen cerdos entre los elefantes, para que se habituasen á los gruñidos de estos animales.

Hirtius nos ha dejado detalles sumamente curiosos del modo con que Scipion, jefe del partido de Pompeyo en Africa, enseñaba á los elefantes de guerra para que combatesen á los soldados de César. Para conseguir este objeto, dividia su ejército en dos mitades, de las cuales una estaba compuesta de honderos, que representaban al enemigo, los cuales lanzaban pequeños guijarros á los elefantes que formaban en primera línea, y la otra mitad se colocaba á retaguardia de estos animales, para obligarles á pedradas á marchar contra el enemigo, en cuanto intentaban emprender la retirada, lo que verificaban con lentitud y disgusto; pero á pesar de todas estas precauciones, los elefantes eran á veces tan temibles para el enemigo como para el mismo ejército que los llevaba, razon por la cual se trató de buscar un medio por el cual dejasen instantáneamente de ser perjudiciales estos animales.

En la célebre batalla del Metauro, perdida por Asdrubal, 208 años antes de Jesucristo, hubo, segun Tito Livio, mas elefantes muertos por sus conductores, que por el mismo enemigo. Temiendo este inteligente capitán el que sus elefantes, en un momento dado, no pudiesen ser manejados por sus conductores y produjesen un conflicto en su ejército, entregó á cada uno de estos un punzon y un mazo, con órden de introducir el primero por detrás de la oreja, tan pronto como viesen que el animal herido y lleno de furor se volvía contra el ejército cartaginés. Este fué el medio mas rápido que se encontró para matar estas masas enormes, cuando no se las podia manejar.

Para dar á los elefantes de guerra un aspecto mas terrible, se les adornaba, segun Plutarco, con unas grandes gualdrapas rojas, color que parece gustaba á los elefantes, y se les pintaba la frente y las orejas de blanco, azul y colorado.

Se les ponian magníficos penachos, borlones y casaca-bebes, todo lo cual contribuía á que este animal tan inteligente estuviera contento y satisfecho de sí mismo: pudiendo estudiarse grandes detalles sobre el equipo del elefante en Diodoro de Sicilia, al describir los preparativos hechos por Estrabobates, rey de la India, para rechazar la agresion de Semiramis.

Para garantizarlos en lo posible contra las flechas enemigas, se les solia cubrir el pecho y cabeza con una armadura compuesta de escamas, y entonces tomaban el nombre de *loricati*, tales como se ven en las medallas de César y de la familia Julia.

En los pueblos de Oriente se solia armar los colmillos de los elefantes con puntas aceradas, y en el pecho llevaban un pretal, de donde salian largas picas que sujetaban á los colmillos. El sultan Akbar armaba á sus elefantes con largas guadañas, que manejaban perfectamente con su trompa, así como de cimitarras envenenadas, que causaban gran destrozo.

Estos animales llevaban sobre sus corpulentos lomos una torre, en donde se colocaban soldados, armados de dardos, flechas y largas picas. Hay gran divergencia en los autores antiguos sobre el número de hombres que llevaban sobre sí. Estrabon habla de tres hombres: uno delante, que era el conductor, y dos en la torre; al paso que Heliodoro dice eran seis: dos delante y cuatro en la torre; siendo esta, segun todos los datos que se tienen sobre el particular, la version mas exacta.

El terror producido por los elefantes, hizo que se recurriese á diferentes medios para defenderse de sus terribles ataques. Segun Vegocio, se unian dos caballos á un carro, en el que iban dos soldados armados completamente, los que, pasando á la carrera al pié de los elefantes, les lanzaban acerados dardos en los puntos mas sensibles del animal. Otras veces se les ponian de frente soldados catafractarios, que además de su armadura completa, llevaban el casco, los hombros, pecho y espaldas cubiertas de puntas de acero, que impedian el que los elefantes los cogiesen con su trompa. Los romanos empleaban para combatir á estos animales, los velites, gen-

te ligera y muy acostumbrada á batirse á la carrera y lanzar dardos con gran seguridad y destreza.

Durante la edad media, los elefantes figuraron en las guerras que se hacian entre sí los pueblos del Asia, y aun se emplearon en la India en el último siglo. En 1779, Hyder-Alí, habiendo conseguido cercar una columna inglesa, la hizo en un principio ametrallar con su artillería, y en seguida lanzó sus elefantes de guerra, que concluyeron de deshacer á las fuerzas británicas. Esta fué, segun nuestra creencia, la última vez que los elefantes han combatido en los campos de batalla, y al presente, que el fuego se ha hecho el elemento de la guerra y el principal instrumento de la muerte, los elefantes, que temen su ruido y se espantan de su llamada, serian muy peligrosos y causarían mas embarazo que utilidad en nuestros combates. X.

Revista de Paris.

Principiaremos por explicar una noticia que dimos en nuestra revista última y que quizás nuestros lectores han tomado por una ironía. Hablábamos de la falta de lluvia que tiene tan contristados á los parisienses, en razon á que la escasez de agua viene acompañada naturalmente de un calor digno de las regiones tropicales. Diríase en efecto, que Paris tiene este año celos de Sevilla, donde el termómetro centígrado marcaba dias pasados 49 grados sobre cero. No estamos en Paris tan adelantados; sin embargo, justo es confesar que el calor es grande y que se siente mas, como decimos, por la falta de agua.

Ahora bien, sobre este último punto indicamos la semana pasada que se proponía á la Academia de ciencias una medida saludable. Tratábase de sacar la artillería para desgarrar las nubes que de tiempo en tiempo vienen á despertar en los parisienses falaces esperanzas, y esta proposición se fundaba en antecedentes que la crónica se ha apresurado á divulgar, porque á la verdad, son curiosos.

Así pues, se ha citado el párrafo siguiente de las Memorias del conde de Forbin, del año 1680.

Hé aquí lo que dice:

«Durante nuestra permanencia en las costas de Cartagena de Indias, se formaban diariamente á eso de las cuatro de la tarde grandes tempestades con truenos espantosos que siempre causaban algunos perjuicios en la ciudad donde descargaraban. El conde de Estrées, que conocia muy bien aquellas costas, y que en sus diferentes viajes á América se habia visto expuesto mas de una vez á tan terribles huracanes, encontró el secreto de dispararlos á cañonazos. En la ocasion aquella hizo lo mismo, y á la segunda ó la tercera descarga la tormenta se disipaba como por encanto.»

Con efecto, en muchos países se ha creído que el estampido del cañon era un medio eficaz para hacer abortar las tempestades. Se han hecho repetidas experiencias que seria muy largo enumerar; pero el resultado definitivo no parece ofrecer una conclusion fuera de duda.

Al contrario, tenemos á la vista un documento del célebre Arago, en el cual las conclusiones son muy diferentes.

El sabio astrónomo pidió al general Duchar, que mandaba la escuela de tiro de Vincennes, que le trazase el cuadro de los dias en que habia habido tiro de artillería desde 1816 hasta 1835.

Sobre este cuadro dice Arago lo que sigue:

» Los registros meteorológicos del Observatorio me señalan para cada uno de los 662 dias de escuela el estado del cielo á las nueve de la mañana. Ahora bien, en estos 662 dias hubo 158 durante los cuales el cielo estaba enteramente cubierto á las nueve de la mañana. Sin el tiro de cañon, ¿aquel número habria sido mucho mas considerable?

» Me ha parecido que el problema podria resolverse haciendo observaciones meteorológicas la víspera y el dia siguiente al de la escuela, y los resultados han sido estos: Entre los 662 dias anteriores al tiro, 128 cubiertos; entre los 662 dias de escuela 158 cubiertos, y entre los 662 dias subsiguientes, 146 cubiertos.

» El término medio de 146 y de 128 ó 137 es tan inferior á 158, que casi se podria sacar en conclusion que en vez de disipar y de ahuyentar las nubes, el ruido de la artillería las condensa y las detiene; pero sé muy bien que los guarismos que me han servido no bastan para llegar á esas conclusiones. Me limitaré pues, á decir, que relativamente á las nubes comunes, no parece ejercer ninguna influencia la detonacion de los cañones de mas grueso calibre.»

Todo esto no ha arredrado á M. Tremblay, hombre conocido ya en el mundo científico, que se ha presentado en la Academia con una nota en la que preconiza el empleo del cañon y de las campanas para obtener la lluvia.

A. M. Tremblay nos referimos pues, en nuestra última revista.

¿En qué experimentos se funda?

Los principales se deben á su amigo M. Le Maout, farmacéutico en Saint-Brieuc, que ha podido evidenciar, segun dice, la accion de la artillería sobre las nubes.

Dice pues, que durante la guerra de Crimea, despues de

cada gran batalla llovía infaliblemente en Saint-Brieuc.

Otra prueba: cuando tocan las campanas de las trece iglesias que hay en Saint-Brieuc y disparan cañonazos en Cherburgo, la lluvia es segura.

Mas aun: en 1860 el farmacéutico hizo ver á M. Tremblay de qué manera cuando el tiempo está encapotado, basta una simple carretilla para que se resuelvan en lluvia las nubes mas bajas.

Por último, M. Tremblay invoca el testimonio del mariscal Vaillant que conoce perfectamente las experiencias debidas al farmacéutico.

La Academia, dice M. Tremblay, debe pedir que se hagan en Paris nuevas experiencias.

El mariscal Vaillant contestó con mucha gracia y de una manera terminante y esplicita, que no admitia réplica.

Con efecto, recuerda que M. Le Maout, cuando se hacia la guerra en Crimea, le manifestó que el cañon podia ejercer un influjo directo en la precipitacion de la lluvia.

— Repugnábame creer, añade el mariscal Vaillant, que algunos cañonazos pudiesen ejercer una accion semejante; mas no obstante, encargué á varios oficiales de mi plana mayor que comprobasen los hechos, los cuales en un principio corroboraron de todo punto los asertos de M. Le Maout. Se prosiguió el trabajo, y muy luego, por fin, resultó demostrado hasta la evidencia que una simple coincidencia nos habia engañado á todos. En suma, la influencia del cañon es ilusoria y se ha desvanecido en las nieblas del Atlántico.

M. Tremblay debió retirar su proposición, y la cuestion no ha dado por resultado mas que la de divertir por algunos minutos á la seria corporacion que se llama el Instituto de Francia, y proporcionar á los cronistas parisienses algunas reflexiones sobre la lluvia, el gran asunto de actualidad palpitante.

Los periódicos de la semana anuncian la desaparicion de una de esas casas llamadas de Banca que hacen mucho ruido en la seccion de anuncios de la prensa parisiense con pomposos prospectos de fabulosos beneficios para los cándidos que acudan á depositar capitales en sus cajas.

Parece increíble que haya gente en Paris que caiga siempre en tan visibles lazos.

El hecho es que la casa en cuestion se ha encontrado cerrada de la noche á la mañana, y que cuando se abrió por mandato judicial no se halló otra cosa que un pasivo de un par de millones de francos.

En cuanto á los cajeros de casas formales que se distinguen por sus malas mañas, estos casi no se cuentan ya, porque en realidad su historia es siempre la misma, y por lo tanto ya no puede ser interesante.

Sin embargo, dias pasados han capturado á uno en medio de circunstancias excepcionales.

Aun no se ha podido determinar la cifra de las cantidades que ha sacado para su uso de las cajas que le estaban confiadas; pero se cree que el total será elevado.

¿Cómo un hombre que habia observado en los primeros tiempos una conducta ejemplar, ha podido cometer un delito semejante?

Nada mas fácil de explicar en breves palabras.

Era á fines del invierno último y el cajero en cuestion, cuyo nombre callaremos discretamente porque pertenece á una familia honrada y desesperada con su villana accion, estaba á punto de entrar en su casa, cuando encontró en su camino á una jóven muy agraciada y elegantemente vestida que, despues de haberse llegado á él con mucha cortesía, le pidió permiso para guarecerse debajo de su paraguas.

El jóven se sorprendió al pronto con el aire resuelto de la desconocida; pero lo cierto es que no solo accedió gustoso á lo que le pedian, sino que despues propuso á la dama acompañarla hasta su domicilio.

Aquí empezaron unas relaciones que debian serle muy fatales.

La dama era una de esas aventureras que viven lujosamente á costa de los incautos que caen en sus redes.

El cajero se quedó maravillado cuando vió su casa, cuando asistió á sus comidas y á sus cenas en compañía de una porcion de jóvenes que gastaban quizás lo que no tenían.

Para elevarse á su altura principió á cometer sus sustracciones, y nada le bastaba.

La dama, antojadiza, como todas las de su especie, le exigia cada dia alguna cosa, un vestido, una alhaja, una cantidad de dinero para satisfacer tal ó cual deuda apremiante.

Con todo esto el pobre jóven vino á perder completamente su serenidad de espíritu y no pudieron menos de notarlo en la casa.

Por último, cuando repitió demasiado las ausencias, él, que hasta entonces habia sido tan exacto en el cumplimiento de su obligacion, se temieron alguna cosa, llamaron á un perito, hicieron la comprobacion de los libros de asiento y de la caja, y con profunda sorpresa descubrieron que resultaba un desfaldo considerable.

No habia que vacilar: advirtieron á la justicia que tomó inmediatamente sus medidas para prenderle; pero era inútil ya: cansado de aquella vida agitada y facticia que le habia sacado completamente de su centro, y acosado además por los remordimientos, el jóven se habia presentado á declarar todos los actos punibles que le tienen en el dia en un

encierro, principio de la expiacion que ha merecido su delito.

Uno se preguntía siempre en estos casos, si la pena no debe alcanzar, quizás mas severa y mas terrible á la mujer que ha sido culpa principal de tales desmanes.

Pero ¡ay! saben tirar la piedra y esconder la mano.

En la presente ocasion, no obstante, la cosa estaba tan clara que la persona en cuestion se ha apresurado á vender su casita de campo que la habia comprado el desdichado cajero y ha desaparecido de Paris, y se ignora su paradero, sin duda hasta que otra nueva fechoría nos dé á conocer que no ha perdido sus mañas.

Contra lo que sucede todos los años por esta época, cada semana tendremos, segun vamos viendo, alguna nueva produccion teatral de que dar cuenta á nuestros lectores.

Lo notable es que parece que los autores se han dado el santo y seña para no escribir mas que dramas. Ni comedia de costumbres, ni vaudeville, ni siquiera opereta, nada mas que dramas del género mas horripilante.

La novedad de la semana es, pues, un drama en tres actos, de M. Bergerat titulado *Padre y marido* que se ha representado con cierto éxito en el teatro de Cluny.

Al levantarse el telon nos hallamos en Italia.

Un notario llamado M. Mauvillain viajaba con su hija Eva cuando se encuentran en Verona ó en Venecia con un compatriota muy amable M. F. de Cerny que se enamora de la jóven y como es un partido conveniente, el notario no pone reparo en redactar cuanto antes los capitulos matrimoniales.

Con efecto, la boda se hará en Paris; pero hé aquí el drama que comienza.

M. de Cerny al ver á su futura suegra se queda petrificado: es una mujer con quien ha tenido relaciones en otro tiempo que se llamaba viuda y que se daba un nombre falso.

Eva cae en brazos de su padre quien jura vengar su honra.

En el segundo acto estamos en casa de M. de Cerny.

El marido ofendido provoca al amante y no pudiendo arrancarle ninguna explicacion le da de bofetones.

M. de Cerny devora esta nueva afrenta en silencio.

— Nos batiremos, exclama M. Mauvillain.

— Nunca, responde el jóven.

Pero entre tanto ¿qué hace la esposa?

Acude tambien á casa de M. de Cerny y le propone la fuga.

M. de Cerny se horroriza. Nunca habia amado verdaderamente á la señora de Mauvillain que no habia sido para él otra cosa que un capricho fugitivo.

Además, en aquel instante le horroriza. Su hija está agonizando y ella ¡insensata! le habla de amor y le incita á separarse de su familia.

Afortunadamente el esposo le saca del apuro.

Habiendo sorprendido á los culpables, enfurecido se lleva á su esposa en medio de terribles imprecaciones lanzadas á su cómplice.

Llegamos al desenlace.

Eva se muere si no se casa con M. de Cerny, y M. Mauvillain, por salvar á su hija, renuncia á su venganza y consiente en la boda, es decir, consiente en que su hija se enlace con el amante de su esposa.

¿Debemos comentar un argumento semejante?

Parécenos de todo punto innecesario, porque la inverosimilitud llega hasta lo absurdo. Despues la inmoralidad salta á la vista, y tambien creemos inútil señalarla.

El drama está escrito en un estilo romántico que ha pasado de moda hace treinta años; y no obstante, tiene escenas que producen su efecto, gracias á la explosion del sentimiento paterno, que en ciertas ocasiones está bien expresado.

En suma, con asombro lo decimos, el drama obtiene un éxito que, aunque no ruidoso, es muy favorable.

MARIANO URRABIETA.

Bellas Artes.

LA VUELTA DE LA FIESTA.

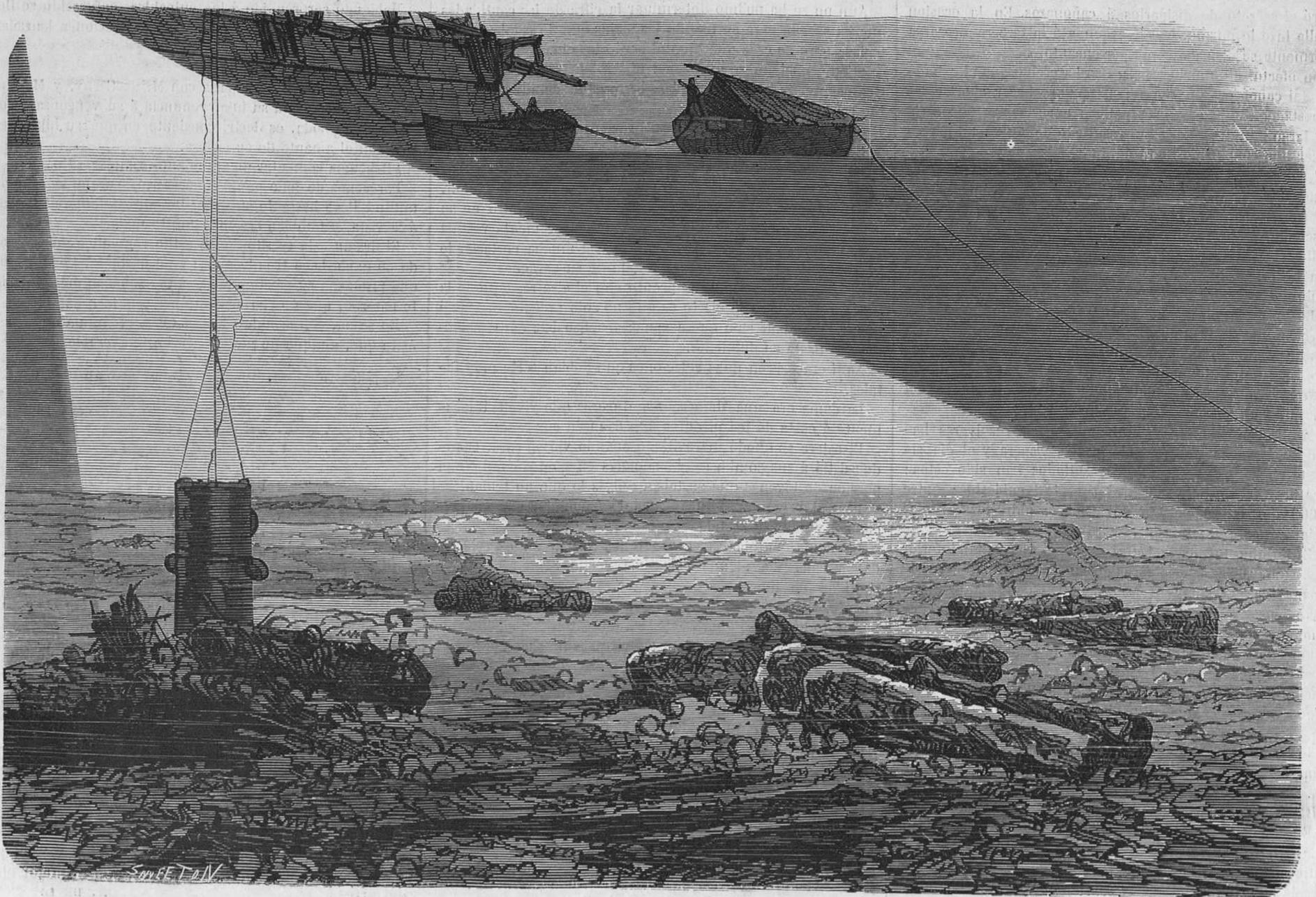
M. Jundt, autor del cuadro que reproducimos con el título que antecede, es, digámoslo así, el pintor de los vapores, pues nadie como él sabe figurar el crepúsculo, la niebla y la lluvia. En el medio tan propicio á los efectos de luz que engendran las condensaciones de la atmósfera, su talento se complace en crear poéticas figuras revestidas con los pintorescos trajes de Alemania. La *Jungfrau* rosada y rubia se aparece á nosotros al través de una nube que amortigua su belleza un tanto robusta, y poetiza los encantos que la madre naturaleza la prodiga con liberalidad suma; no es la vision que toma un cuerpo, como estamos acostumbrados á ver en pintura; el punto de partida de M. Jundt es absolutamente contrario, toma la forma humana en todo su desarrollo plástico, y trata de idealizar la materia.

Todo el que estudia el cuadro á que aludimos, se hará estas reflexiones que, seguramente, son el mejor elogio del artista.

A. DE L.



BELLAS ARTES. — La vuelta de la fiesta.



LOS GALEONES DE VIGO. — Alumbrado eléctrico para las obras nocturnas.

Los galeones de Vigo.

II.

Al silencio sucede un murmullo intermitente de que uno no se da cuenta, es un roce que parece producirse en la superficie exterior del hierro batido, unas veces por encima, otras por debajo, otras sobre la pared lateral.

El ojo inquieto interroga al través del objetivo las profundidades del mar y acaba por distinguir como en medio de una densa niebla formas extrañas, fantasmas que se mueven lenta y torpemente; sus enormes cabezas oscilan pesadamente aquí y acullá, dejando brillar por intervalos las anchas caras de sus grandes ojos sin expresión alguna. Unas veces parece que tienen tres brazos y solo una pierna, otras tres piernas y un brazo, y estos miembros parecidos á los tentáculos de un monstruoso pulpo se acortan y se alargan hasta perderse en las profundidades de la oscuridad submarina, luego no se vé mas que una masa sin forma, que parece adelantarse hácia el observatorio, y entonces por fin se distingue contra el cristal del objetivo la cubierta cabeza de un buzo.

Este intrépido trabajador de un mundo submarino nos saluda al entrar en sus estados, pero era una voz tan cavernosa que parece de ultratumba.

A la luz eléctrica el efecto que se produce es mas sorprendente todavía: el observatorio se encuentra sumergido en un mar de lentejuelas de oro y de zafiros; el foco luminoso que tiene la forma de un cono truncado, es de una intensidad extrema; la aureola luminosa que le rodea refleja todos los colores del espectro solar hasta que se desvanece y se pierde en la noche de las aguas. El espectáculo es indescriptible, es un mundo cuyas plantas y cuyos habitantes son brillantes y esmeraldas.

Una representación con la lámpara submarina de M. Bazin es seguramente digna de verse y de admirarse.

En cuanto al punto de vista práctico, este aparato fuertemente acorazado, puede ser bueno para las grandes profundidades; pero su empleo en las pequeñas no tiene razón de ser. Su peso hace que sea muy difícil su maniobra: necesita una gran cantidad de hombres, una poderosa máquina magneto-eléctrica, una locomotora, etc., y como en suma no puede alumbrar mas que una superficie limitada relativamente, creo que es preferible el uso de las lámparas pequeñas.

Independientemente de esta primera aplicación, se ha hecho otra muy práctica y que ha producido un gran resultado: es simplemente el operador colocado á bordo del buque y la proyección del rayo de la lámpara eléctrica salida de la linterna dirigida sobre la superficie del mar en una profundidad no mayor de diez metros. Estábamos entonces en un vasto espacio de la bahía lleno de restos y donde debieron undirse y quemarse en 1702 muchísimos buques; aquí se ven montos

de balas corroidas y cubiertas de producciones acuáticas, allí grupos de cañones entre masas de conchas, hierro viejo y escorias de toda clase. Mas allá aparecen especies de túmulos cuya forma indica que hay objetos enterrados en la arena. Todo esto se distingue perfectamente; los detalles mas insignificantes podían verse y así fué que el capitán arrojó al agua el silbato, y un buzo le fué á buscar y se lo trajo inmediatamente.

Hé ahí hasta la hora presente los únicos instrumentos aplicados á la exploración submarina de la bahía de

taré con referir los hechos sin comentarios ni explicaciones.

Un día acababan de sacar una culebrina de elegantísima forma, naturalmente revestida de una enorme capa de piedrecillas, conchas, restos de madera, hierros oxidados, etc., y al punto se dedicaron á limpiarla cuidadosamente. Muy luego se distinguió el orificio que estaba obstruido de óxido y de materias muy duras, en tanto que la pieza se cortaba con el cuchillo como si fuera manteca. Hasta los muñones se notaba el mismo fenómeno, pero desde este punto la culata volvía á tomar las cualidades del hierro.

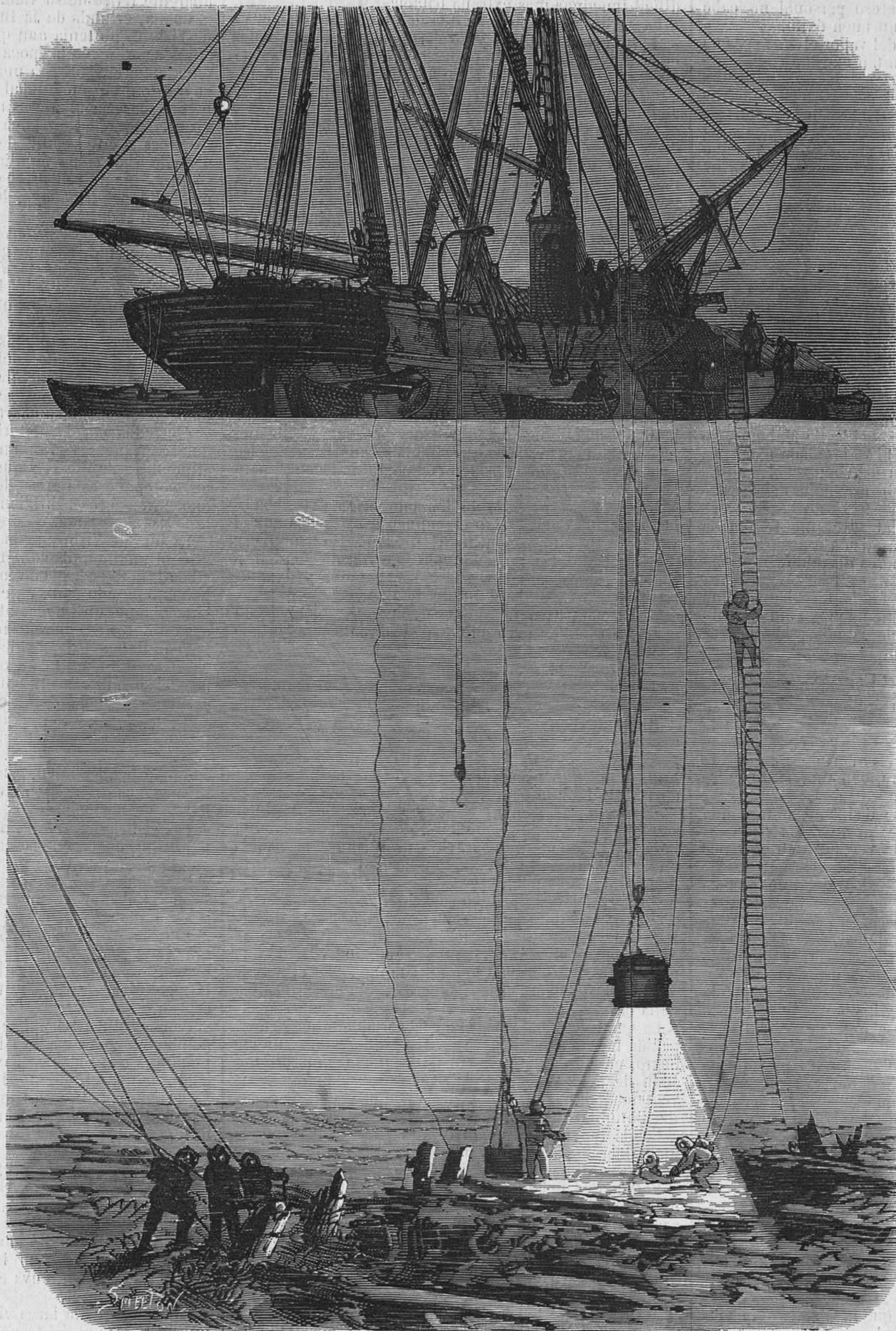
Introdujeron con precaución una mecha de sonda en el orificio y á pocos centímetros de profundidad se encontró el vacío, al mismo tiempo que se escapaba por el agujero de la mecha un silbido prolongado; era el aire encerrado allí desde el año 1702, aire que esparció un olor pestífero.

Otra vez subieron á bordo una pesada aglomeración de balas, que parecían un conjunto de piedras, conchas y basijas. Allí descubrieron encerrado en su alveolo como una castaña en su cáscara, una bala de cañón que al primer martillazo cayó en polvo. Otra bala había conservado todas las cualidades del hierro y otra era friable y se deshacía. Otras de color de cobalto estaban cuarteadas por capas concéntricas y podían quitarse y ponerse fácilmente. Por último, otras no tenían ningún peso y al romperse presentaban un rayonamiento interior del centro á la superficie. En suma, cada proyectil en particular ofrecía una variedad química.

En un principio todo lo que sacaron tenía por punto general una capa negruzca y hasta algunas piezas presentaban masas bastante compactas de esta especie de liga que manchaba las manos como nitrato de plata. Nosotros arrojábamos con desden esta materia que era cloruro de plata á sesenta y tres por ciento. Mucho arrojamos así al fondo de la bahía; pero afortunadamente se recogerá todo. Luego sacábamos guijarros dorados, con un oro purísimo. Otra vez eran porcelanas de china, pendientes de oro, copas y vasijas de plata oxidada, pipas en sus estuches, abanicos bastante bien conservados y preciosos objetos de alfarería.

Otra vez, esto es mas triste, sacamos huesos humanos medio calcinados, que sin duda pertenecieron á hombres que estaban en el fondo cuando el desastre de los buques. Vimos también un botiquín completo con sus frasquitos de píldoras bien conservados, sus potes de unguento, hisas, vendas, etc. En otra ocasión sacaron anillos que después de haber permanecido 168 años en el mar han dado en las experiencias primorosos matices. Un tomo se necesitaría para enumerar lo que ya se ha sacado del mar cuando no se buscaba nada, pues lo sacaban los buzos mientras caminaban en el fango, para buscar la orientación de los buques y determinar su estado de conservación. Este trabajo era penoso y de una apreciación difícil, en razón á que allí donde la primera exploración de M. Bazin señalaba solo un casco de buque, se acaban de encontrar dos nuevos galeones.

Resuelta la compañía á acelerar las operaciones, pero



LOS GALEONES DE VIGO. — Exploración de un objeto sacado de las aguas.

San Simón, primera parte de las obras de que estaba encargado M. Bazin; pero se ha renunciado para lo sucesivo al observatorio y á la luz eléctrica.

Antes de concluir este capítulo creo interesante hablar de los mil objetos curiosos sacados de las profundidades de la bahía. La química está llamada á desempeñar un gran papel en esta operación de salvamento, pues se observan á cada instante los mas extraños fenómenos y la mayor parte de ellos son verdaderos problemas que la ciencia habrá de resolver. Por ahora el campo está abierto á todas las hipótesis; pero como yo desgraciadamente no soy hombre científico, me conten-

las, vendas, etc. En otra ocasión sacaron anillos que después de haber permanecido 168 años en el mar han dado en las experiencias primorosos matices. Un tomo se necesitaría para enumerar lo que ya se ha sacado del mar cuando no se buscaba nada, pues lo sacaban los buzos mientras caminaban en el fango, para buscar la orientación de los buques y determinar su estado de conservación. Este trabajo era penoso y de una apreciación difícil, en razón á que allí donde la primera exploración de M. Bazin señalaba solo un casco de buque, se acaban de encontrar dos nuevos galeones.

Resuelta la compañía á acelerar las operaciones, pero

no ya bajo la dirección de M. Bazin, cuyo contrato ha terminado, ha encargado á un comité especial que presidirá un ingeniero de marina, la continuación de las investigaciones y obras de extracción, así como también ha comprado un gran vapor cuyo armamento se acaba en Bayona y cuyas instalaciones serán curiosísimas: y ha cuadruplicado el número de sus buzos y adquirido todos los aparatos necesarios.

M. Denayrouze que ha hecho ya tan grandes servicios á los estudios y á las exploraciones submarinas con el escafandro Rouquayrol-Denayrouze, irá probablemente á Vigo, para inspeccionar el empleo de su sistema, para rectificarle si se necesita, y para auxiliar á los buzos con su experiencia. La expedición llevará consigo dos químicos.

Con tales medios y un numeroso personal no cabe duda que la empresa obtendrá un buen éxito.

De Bayona enviaré el dibujo del vapor el *Adour*, que como he dicho tiene un aspecto tan extraño como pintoresco.

Concluiré manifestando que el gobierno español satisfecho del modo con que M. H. Magen, director-gerente y concesionario, ha dirigido la empresa, acaba de prolongar la concesión por seis meses, de modo que cuenta ahora con dos años cabales como en su principio.

H. D. B.

El serrallo del bajá.

(Conclusion.)

La señorita Lapugnani, viendo mi perplejidad, se apresuró á manifestarme que el habla de Mahoma, de quince años á esta parte, se había apropiado todas las voces, todos los sustantivos intrusos que acababan de llamar mi atención, y que Shirin usándolos daba pruebas de suma nacionalidad en su estilo.

Aquel extraño modo de hablar turco me trajo á la memoria un *quid pro quo* de la misma especie que me sucedió en Alemania á los primeros días de mi permanencia en Viena.

Dije un día á un criado de la fonda, en alemán, que me trajese mi *regenschirm*. Viéndole muy confuso porque no me entendía, creí que me había servido de una palabra impropia y le señalé con el dedo el objeto que yo quería.

— ¡Ah! exclamó el austriaco, ahora entiendo perfectamente lo que quiere Vd.; esto se llama en *aleman* un *parapluie* (paraguas).

Pero volvamos á la favorita: viendo la circasiana que me repugnaba la pipa, me hizo servir café en un bol de plata, cubierto, según costumbre, con una rica cachemira.

Ya fuese que el moka hubiese disipado su mal humor, ya porque así le pluguiese, al fin de la visita re- Jobló Shirin sus caricias y agasajos con nosotras, y nos trató con suma familiaridad y dulzura.

Entonces tuve lugar de ver que su traje, aunque menos espléndido, no era menos rico que el de Zulickha; en efecto, llevaba sobre su cuerpo un tesoro en diamantes, un collar de tres sartas de perlas finas rodeaba su garganta de nieve; ceñían su talle algunos chales de Persia de muchísimo valor; los dedos de sus pies, igualmente que los de las manos, estaban teñidos de bermellón; algunas sortijas muy brillantes realzaban la tersura de su cutis, y finalmente un camafeo antiguo, trabajo de mucho mérito para un aficionado á medallas y esculturas, recogía sobre el pecho los pliegues de su ropón con la precisión clásica de la toga latina.

La tercera esposa de Husein no tocaba el piano, pero hacia tapices. Su traje, de piés á cabeza, era de color de rosa, y se notaba en él la misma profusión de diamantes y perlas que en los de sus rivales.

A su lado, sobre una alfombra, tenía un niño hechicero, Ali Bey, que era hijo suyo y se parecía bastante á un chino.

A pesar de la dificultad en que nos hallábamos de hacernos entender mutuamente, aquel niño lleno de viveza y donaire, me divirtió sobremanera con su expresiva pantomima, la cual suplía perfectamente para mí el idioma turco.

Su madre, viendo lo mucho que me había agradado me tomó muchísimo cariño, y descolgando del techo una guitarra, me cantó un romance de Balfi, el compositor favorito de las mujeres de Londres, arreglado sobre una ária compuesta por este músico para la malograda madama Crescini muerta recientemente en Riga cuando volvía de San Petersburgo.

El romance de Balfi está escrito para contralto, y la tercera esposa del bajá tenía precisamente esta especie de voz, que cuadraba muy bien con las negras trenzas de su pelo y el color ambarino de su tez.

Leila me cautivaba; yo me hallaba extasiada, cuando anunciaron á la verdadera favorita de Husein, la que reina sobre las tres esposas, la incomparable Cocila.

Junto á un sol tan radiante, Shirin, Zulickha y Leila no eran mas que estrellas errantes; no emprenderé la descripción de esta gacela del serrallo de Vidin, porque lo creo superior á mis fuerzas.

La madre de las camareras marchaba delante de la favorita con un manajo de llaves en la mano; á una se-

ñal de Cocila, aquella respetable matrona abrió un gabite particular, cuya puerta estaba disimulada por una psiquis de muy mal gusto, de la cual estaban colgados los chales destinados á las bayaderas del serrallo, así como algunas chinelas de terciopelo.

Aquellos eran los preliminares del baile final, cuyas primeras danzas no nos habian divertido mucho; parecía que habian guardado alguna cosa imprevista para el momento de la despedida.

En efecto, Cocila, seguida de sus rivales, de la señorita Lapugnani, de todo el acompañamiento de mujeres, de mí y del serrallo, se dirigió al gran salon por el cual habiamos entrado en el haren.

Volvimos á sentarnos en los divanes; y la música no tardó en embelesar nuestros oídos; yo creo que fuera difícil imaginar mas extraña bataola.

La orquesta se componía de seis muchachas, las cuales, puestas de cuclillas y en corro sobre un sofá, cantaban una endecha en tono lastimero, acompañadas de tamboriles y meciendo sus cuerpos de derecha á izquierda, como se bambolean los álamos agitados por el viento.

En la galería y á la entrada del salon estaba la madre distribuyendo con gravedad á las bailarinas las babuchas de terciopelo y los chales, los que ceñían desde luego al rededor de su talle, entrelazaban con su cabellera ó dejaban colgar sobre sus espaldas.

Pronto resonaron las castañuelas; los dedos brillaban y hacían el mismo ruido que si fueran de metal. Entonces fué cuando la Taglioni de la cuadrilla, llevando un traje corto, amarillo, y brillando sus ojos de placer, se adelantó hácia nosotras, ejecutando algunas posiciones en que tomaba mas parte el cuerpo que los piés. Fueron á reunirsele dos de sus compañeras, y las tres, siguiendo los cantos de la orquesta y el son del tamboril, bailaron un paso que venía á ser el fandango.

A cada nuevo motivo que volvía á juntar á las muchachas, arrebatadas ya por la música, parecía que aumentaba su éxtasis. En esta parte me adhiero enteramente á la opinión de lady Mary Wortley Montagne; nada cabe mas gracioso que aquellos bailetes, y es falso que su vista pueda considerarse como indecente para las señoras.

Mientras el *crescendo* de los tamboriles extasiaba á las ninfas de Cocila, vino el eunuco á avisarnos que el vapor se disponía á continuar su viaje. Interrumpióse por lo mismo el baile, las mujeres de Husein nos rodearon con expresivas muestras de sentimiento, y tributaron á nuestro vestido el último homenaje.

Todas sus partes fueron sucesivamente objeto de un exámen rápido, pero atento; el círculo era inteligente.

Lo que excitó en mas alto grado la admiración, lo que produjo mas demostraciones de júbilo en las mujeres del serrallo, fueron ¿quién lo creyera? mis guantes.

Ninguna de ellas logró ponérselos, no porque sus dedos fuesen sobrado gruesos, sino á causa de su torpeza, y por otra parte sus manos tampoco tenían la forma ó pliegue proporcionado para sufrir el estrecho aprisionamiento de una piel cosida.

El niño Ali Bey fué el único que consiguió introducir su mano en un guante que fué roto desapiadadamente: mas yo le perdoné este agravio en obsequio á las cachemiras que su madre me obligó á aceptar, y que yo tuve la debilidad de recibir.

Fué preciso por fin separarnos; empezaron los *salamas* por una y otra parte, siguieron los besos, y el Karaita llevó también su parte.

Para un hombre que leía el Talmud, me pareció que era sobrada familiaridad la que él tenía con las mujeres del serrallo; es verdad, sin embargo, que era el médico de la casa.

Lo que hubo mas curioso en la ceremonia de la despedida fueron los clamores y visajes del viejo eunuco negro, el cual jugueteaba con las señoras como un don Juan de la costa de Africa. Todos se asomaron á las ventanas para ver al vapor surcar con majestad las aguas del Danubio.

Cocila fué la última en retirarse, y agitaba aun su manteleta de púrpura, enviándome besos con la mano, cuando perdimos de vista las almenas de la fortaleza.

Volvíame á encontrar sola con la señorita Lampugnani y el Karaita; pero la escena oriental, en la que acabábamos de representar un papel, continuaba aun deslumbrándonos con sus rayos.

Los prestigios que lord Byron ha desplegado en la pintura de su arrebatadora Haidea no nos parecían ya ficciones poéticas.

Recordábamos todo el encanto con que las esposas del bajá practicaban los usos de Europa, encanto que presta á su misma torpeza las mas mágicas seducciones.

Si los antiguos bajo-relieves, según pretendía el Karaita, presentan en las bacantes una imagen perfecta de las bayaderas de la India, las señoras del imperio otomano, con su traje medio francés y medio oriental, con su patués mezclado de italiano, inglés, turco, griego y eleman, con sus habitaciones, en las cuales á un tiempo se encuentran braseros y surtidores, relojes de sobremesa, ampollitas y psiquis; aquellas señoras, si la litografía conserva sus retratos históricos, serán un día para la posteridad una imagen hasta cierto punto burlesca del ardiente progreso de las luces.

Ni se crea que su educación es completa: si las esposas de Husein cantan cavatinas de Rossini y algunos trozos de Kalkbrenner, ignoran por otra parte cómo se lleva un sombrero de París. Para juzgarlas esperemos que se pongan guantes.

Pero lo que fué muy humillante para mí, es la indiferencia con que aquellas pélimetas recibieron noticias que nos parecen muy importantes aque de el Danubio.

Yo creía interesarlas mucho, describiéndoles las maravillas de la coronación de la reina Victoria; pero ¿cuál fué mi sorpresa al ver que las huris del bajá ni siquiera sabían de qué les hablaba! Pero durante el baile, la dueña, bebiendo su café, me había preguntado con mucha seriedad si era verdad que Napoleon hubiese muerto en Santa Helena.

Para calmar mi disgusto, me refirió el Karaita la historia de Cocila, con la cual no me había sido posible hablar tanto como con sus compañeras. Esta historietita prueba á cuán singulares contratiempos se halla con frecuencia expuesta una mujer en Oriente, á pesar del aparente retiro de su vida.

Cocila, oriunda de la India y de la misteriosa sangre de Vishnu, no tenía aun quince años, cuando habitaba en Moscou, hácia la época en que los franceses entraron en aquella ciudad. Era una de aquellas jóvenes gitanas, cuyas gracias, amabilidad é irresistibles atractivos debían de parecer fabulosos á cualquiera que no los haya visto en aquella fantástica ciudad.

Colocada en el confin de Asia y Europa, Moscou sirve de asilo á todas las familias indígenas de las orillas del Ganges, que se ven arrebatadas por diversas aventuras mas allá del Himalaya, hácia las fronteras setentrionales del Indostan.

Las gitanas ó *bayaderas*, que furtivamente aparecen en aquella ciudad como genios de las *Mil y una Noches*, son las mas de las veces sacerdotisas de Vishnu, cuyo corazón harto débil ha quebrantado los preceptos de Vesta, tan rigurosamente vengado en la antigua Roma, y que los brahmanes hacen respetar por medio de los mas horribles suplicios.

La seductora Cocila había llegado á Moscou, hacia un año, con una cuadrilla de bailarinas de su misteriosa tribu, cuando Napoleon se apoderó de la ciudad incendiada y estableció su cuartel general en el Kremlin.

Aterrados por la victoria de Moskowa, y creyendo que los franceses eran un pueblo sobrenatural que se alimentaba de nieve, y que cabalgaba dragones alados, los compañeros indios de la bayadera habían puesto pies en polvorosa, dirigiéndose como tímidas gacelas á la patria de Brama.

La hija de Vishnu se había quedado sola con un negro, en una morada solitaria fuera de las puertas de la ciudad, pero rodeada de todas las comodidades del lujo, habiéndole sido fácil, en calidad de bailarina y extranjera, obtener un salvoconducto de parte de las autoridades militares del ejército francés.

Poco tiempo después de la instalación del emperador en el Kremlin, un joven oficial de la division del general Delzons, informado por algunos judíos opulentos que estaban en relaciones en cuanto á intereses con Cocila, y recomendado de otra parte por aquellos complacientes proveedores del conquistador, se introdujo varias veces de noche en la habitación de la bayadera, que, como ya hemos dicho, estaba situada en uno de los arbales mas distantes, al cual no habían alcanzado las llamas de Rostopchin.

Las visitas del francés fueron al principio sin resultado. Una noche que se había presentado mas exigente que de costumbre:

— Escucha, Leonardo, le dijo Cocila, sígueme... ¡huyamos, huyamos!... no nos separemos ya... ¡Bajo esta sola condición reconoceré que tú me amas!...

El francés, apasionado, se curaba muy poco del grande ejército, con tal que él fuera dichoso: aceptó pues la proposición de la bayadera, tomó el traje oriental, se teñió el rostro, y se despidió de su patria y de su espada.

Cocila obtuvo por la mediación del judío un salvoconducto, en el cual se le permitía pasar á San Petersburgo con todos sus criados, en cuyo número iba comprendido el teniente Leonardo.

Partieron entrambos mas enamorados que nunca para San Petersburgo, donde residió Leonardo cerca de diez y seis años con el disfraz oriental y bajo el título de hermano de Cocila. La bayadera ejerció en la capital de todas las Rusias la profesion que había ejercido en Moscou; adivinadora para las mujeres y encantadora para los hombres; recabando gruesas sumas de aquellas sin otorgar nada á estos.

El mismo Leonardo, aunque bien recompensado de su adhesión, no ejerció imperio alguno sobre aquella misteriosa criatura, cuya existencia anterior fué siempre un arcano para él.

Durante aquella larga vida en comun, jamás se desmintió la pasión del francés, ni disminuyó la belleza de Cocila, aunque hubiese llegado ya á la edad de treinta años. Cuando estalló la guerra de la Rusia contra la Puerta, el gobierno moscovita dió el orden á Leonardo de reunirse á los ejércitos acantonados en la frontera turca, para servir allí de intérprete.

Aquella orden cayó como un rayo sobre los constantes amores del teniente; pero no había medio de eludirla, so pena de revelar un incógnito por tanto tiempo guardado, y que constituía toda su seguridad.

La determinación de Cocila no se hizo esperar; disfrazóse de hombre, dejó en San Petersburgo sus riquezas y criados, no llevó consigo sino su esclavo favorito, y siguió á Leonardo á las líneas de Bhabloff en el sitio de Schumla.

Pero habiéndose encontrado los dos amantes en un reconocimiento en medio de los puestos avanzados, con un escuadrón de lanceros, fueron envueltos por un millar de sáhis turcos, Leonardo espiró hecho pedazos por

los golpes de yatagan, junto con algunos oficiales rusos; Cocila fué salvada por su esclavo, pero hecha inmediatamente prisionera, y guardada cuidadosamente por los musulmanes, que la tenían aun por un hermoso jóven apenas salido de la infancia. Husein logró fácilmente que le fuese cedida aquella presa, y desde entonces hace parte de su serrallo. El negro que Vds. han visto es el esclavo que ha permanecido siempre fiel á su fortuna.

M. F.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 913.)

Enrique le siguió á su despacho.

Bayne examinó extensamente todas las salidas y cerró las puertas sin hacer ruido.

En su fisonomía se pintaban la ansiedad y el temor.

— Little, le dijo casi en voz baja, ya me conoceis, soy un hombre pacífico y por amor á la paz quiero hacer una cosa que podria muy bien traerme algun compromiso. Pero vos sois el mozo mas honrado y el mejor obrero que haya trabajado nunca á mis órdenes y no puedo consentir en que ignoreis por mas tiempo ya lo que está pasando. Decidme pues, ¿si obrara con vos como un amigo, tendríais vos conmigo igual comportamiento?

— Os lo prometo, contestó Enrique, aquí teneis mi mano.

Bayne se acercó entonces á su pupitre, le abrió y sacó algunas cartas.

— No direis á nadie en el mundo que os he enseñado estas cartas...

— Os lo prometo.

— Comenzad por leer esta.

Y le entregó un papel dirigido á M. Cheetham, que decia:

« Muy señor nuestro:

» Solicitamos respetuosamente vuestra atencion acerca de un asunto que puede traer os incomodidades con los cuerpos de oficios. Nos referimos al obrero que os habeis proporcionado en otra ciudad para ejecutar un trabajo que, segun nos aseguran, pueden hacer aquí vuestros propios obreros.

» Vivid en la persuasion de que está en vuestro interés trabajar de acuerdo y en buena armonía con los herreros que están á vuestro servicio y con los obreros en general.

» Recibid, etc.

» EL COMITÉ DE LA SOCIEDAD DE LOS HERREROS. »

Enrique se entristeció al leer esta carta y dijo:

— Siento ser causa de esta molestia; pero ¿qué puedo hacer?

— ¡Oh! exclamó Bayne, tarde ó temprano, ellos os lo dirán. Ahora seguid leyendo.

La segunda carta, escrita ocho dias despues, decia lo siguiente:

« M. Cheetham:

» Me parece que haceis muy mal en contrariar á tantos obreros por uno solo. Acordaos de cuánto habeis tenido que sufrir todas las veces que os habeis puesto en pugna con los cuerpos de oficios. El año último os hicimos una visita, vuestros obreros os abandonaron y el trabajo cesó en vuestro establecimiento. No repetiremos este año si os mostrais razonable; pero es preciso que os separeis de vuestro obrero de Lóndres, sin lo cual las consecuencias serán graves.

» BALAAM. »

Enrique tomando un aire serio preguntó:

— ¿Puedo ver la copia de la contestacion de M. Cheetham?

Bayne le miró fijamente y se echó á reir, pero sin la alegría que ordinariamente acompaña á una carcajada.

— Amigo mio, le dijo, no se contesta á tales anónimos. Cuando se recibe uno de ellos, se va á ver al secretario de la sociedad y no se discute, porque os envian á paseo. Si se cede á lo que piden, entonces os tratan con cortesía, y os hacen justicia segun las luces del cuerpo de oficio; si no se cede, la guerra con todos, y tarde ó temprano es preciso pasar por sus exigencias. Cheetham no ha hecho caso de estas cartas, lo que será malo para él y para vos. Continúad leyendo.

Hé aquí lo que decia la tercera carta:

« Muy señor mio:

» Me tomo la libertad de escribiros á causa de vuestra persistencia en no despedir á cierto individuo con desprecio de los que pueden hacer muy duras las piedras de Hillsborough para vos y para él. ¿Sois sordo, ó ciego, ó loco, Jack Cheetham? Podeis engañar á la gente; pero no al diablo ni á mí. Despedid á vuestro intruso sin haceros de rogar, ó si no... vereis lo que os sucede.

» X... »

Enrique hizo una pausa, y luego preguntó á Bayne por qué M. Cheetham le habia ocultado todo aquello.

— Temiendo que por miedo le abandonarais, respondió Bayne sin vacilar.

— ¿Y por eso las amenazas se dirigen á él mas que á mí?

— Primero advierten al amo, pero luego le llega el turno al obrero. Cheetham vive á pocas millas de aquí y hace el camino de dia y en coche. Pero ya principia á anochecer pronto y vos teneis que atravesar esas callejuelas sombrías donde los cuerpos de oficios cuentan con miles de amigos. Creedme, estais en su poder y no debeis imitar á un hombre obstinado como Cheetham. Habladles francamente; haced un arreglo, si podeis, y obtengamos la paz, la dulce paz, á toda costa.

— La paz siempre es buena, replicó Enrique; pero no le agradezco á M. Cheetham que me deje vivir como un ciego en medio de un peligro, añadió el jóven con amargura.

— Así hacen todos, dijo Bayne: ¿acaso un amo piensa jamás en la vida de un obrero? Las pérdidas y ganancias se marcan en cifras, pero la vida no es mas que un cero en todo libro de cuentas.

— A la verdad, repuso Enrique « es propio de un espíritu mezquino y antifilosófico el imputar á toda una clase las faltas de unos cuantos individuos de ella. »

Y viendo que Bayne se quedaba atónito ante aquella salida, añadió:

— « En donde hay multitud hay mezcla. »

Ahora bien, la primera de estas citas la habia tomado de la *Revista de Edimburgo* y la segunda se la habia oido á un compañero.

— En cuanto á M. Cheetham, continuó, no es un hombre malvado, si se quiere; pero vos habeis obrado mejor que él descubriéndome la verdad. Un hombre precavido vale por dos.

Y se volvió á su casa meditabundo, aunque no abatido, pues su viril y jóven inteligencia llamaba en su ayuda á toda su energía para combatir aquel nuevo obstáculo.

Su indecision le quitó el sueño y fué el primero que estuvo en la fábrica el dia siguiente.

Encendió su hornillo y subió á su taller, se fué en derechura á la ventana y la abrió.

La claridad de la mañana, que se esparció en su cuarto, le permitió ver en el interior, clavado en la puerta, un objeto que no estaba la víspera cuando cerró con llave.

Era un cuchillo muy largo, ancho hácia el mango, muy agudo en la punta y de doble filo, que, clavado como hemos dicho en la madera, sujetaba una carta dirigida:

A JACK DE LOS TRES OFICIOS.

Enrique tomó el mango para arrancar el cuchillo, pero habian hundido el arma de un solo golpe en la puerta.

Enrique retrocedió, y á medida que se disipaba la primera sorpresa, comenzaba á ver clara su situacion y se alarmaba.

El cuchillo no era de los que se fabricaban para el comercio. Aquella larga hoja de dos filos, admirablemente templada constituia un arma formidable.

¿Cómo estaba allí?

Recordaba muy bien que la víspera habia cerrado con llave aquella puerta que habia encontrado cerrada, y los postigos de las ventanas con el cerrojo corrido.

Sin embargo, el arma amenazadora estaba allí sujetando con su punta una carta cuyo sobre era siniestro.

Sacó con cuidado el papel de entre la hoja, se acercó á la ventana y leyó lo que sigue:

« A Jack de los tres oficios.

« Dos de estos cuchillos se han hecho de intento, el uno para tu corazon si no escuchas los avisos de los cuerpos de oficios y no dejas á Cheetham. Si no crees que tu piel es mas densa que una puerta, corre cuanto antes á Lóndres, porque si no volveré con el hermano de este.

« SLIPER JACK. »

IV.

CONTRASTES.

Quizás el lector se sonrie con la mezcla singular de una amenaza tan sanguinaria y un estilo tan bárbaro. Pero es el caso, que tras estos mensajes habia habido en Hillsborough sangrientas tragedias, y Enrique no lo ignoraba.

A decir verdad, el hombre que con menos correccion ortográfica escribe un apellido, es el que menos escrúpulos tiene para arrancar la vida á uno de sus semejantes, puesto que la benevolencia es resultado de la educacion, como lo es la crueldad de la ignorancia.

Tambien habia algo de realmente siniestro y sobrenatural en la misteriosa introduccion de aquella amenaza por medio de la punta de un cuchillo en un cuarto que Enrique habia cerrado con llave la víspera.

¿Cómo pues, un hombre podia estar al abrigo de las sentencias de un tribunal secreto é irresponsable que tenia agentes capaces de penetrar en todas partes y de herir sin remordimientos?

Enrique se quedó un instante abatido, fijando su vista

alternativamente en el papel siniestro y en la terrible hoja.

En tanto que se hallaba sumergido en aquel estado de estupor, todo se movia en derredor suyo: las máquinas de vapor funcionaban, las ruedas sonoras daban vueltas, cada obrero trabajaba á sus anchas, excepto uno que era incomparablemente el mejor de todos.

Por fin, se fué á ver á su amigo Bayne y le dijo con voz entrecortada.

— Me han saludado á su manera y me han dado ánimo para el trabajo. Leed.

Bayne se indignó sin sorprenderse.

— Así hacen siempre, dijo. Principian por ser corteses, pero si resistís apelan á la canalla para arreglar el asunto.

— ¿Pensais que mi vida esté en peligro?

— Todavía no, el primer aviso es para asustar. Si no haceis caso, recibireis probablemente otro y luego os imposibilitarán para el trabajo.

— ¿Y cómo lo hacen?

— A veces se ponen en emboscada en una callejuela, esperan á su hombre y le fracturan el cráneo con un mazo, ó le rompen un brazo, ó le cortan el tendon de la muñeca. Si es un afilador, echan pólvora en su artesa, las chispas que produce su trabajo la pegan fuego y se quema, y quizás se queda ciego para toda su vida. Otras veces le tiran un pistoletazo con perdigones y hasta con bala; pero se arreglan de modo que no quede muerto en el acto. Ya sabeis que son hábiles en todo, aun para cometer actos de violencia. Siempre me he preguntado con sorpresa, cómo saben detenerse en los límites del asesinato.

— ¡Bárbaros! Compraré un revolver de seis tiros y opondré la astucia á la astucia y la fuerza á la fuerza.

— ¿Qué podeis hacer contra 40,000 hombres? No, lo mejor que podeis hacer es ir á ver al secretario de la sociedad de los herreros, para que admita vuestro ramo de industria en su Union. Tendreis que pagar algo, pero el amo os ayudará.

— Iré á la hora de la comida.

— ¿Por qué no ahora?

— Porque principio á reanimarme y me hierve la sangre en las venas, cuando me digo que quien me amenaza es algun cobarde que con cuchillo y sin él no me haria cara en ese patio.

Bayne se sonrió tristemente y meneó la cabeza con aire de desaprobacion.

Enrique se volvió á su fragua y trabajó hasta la hora de la comida. Tenia la costumbre de trabajar silbando, y aquel dia silbó mas que nunca, silbó demasiado.

A la hora de la comida se lavó cara y manos, se vistió y se dispuso á salir.

Pero muy luego debió sentir no haber seguido el consejo de Bayne.

Habia habido la víspera una gran reunion de los cuerpos de oficio, y á consecuencia de ciertas observaciones se habia aumentado mas y mas la animosidad de que era objeto el obrero de Lóndres. Esto envalentonó á la clase inferior de los obreros, que ya detestaban á Enrique por pura envidia y le miraban de reojo.

Cuando pasó por en medio de ellos, le apostrofaron en su lenguaje especial.

Enrique se volvió hácia ellos con aire altanero, y tal fué el desafío que les lanzó con su mirada, que hubo como un ligero movimiento de retroceso entre sus antagonistas.

Sin embargo, avanzaron inmediatamente, confiados en su fuerza numérica; pero Enrique recuperando por fin toda su prudencia, tuvo la buena maña de dirigirse hácia la puerta y llamando al portero, le dijo en alta voz:

— Si alguno pregunta por Enrique Little, decidle que ha ido á ver al secretario de la Union de los obreros herreros.

Y salió del patio; pero al alejarse oyó que un obrero respetable decia á la canalla:

— Callad ahora, que el asunto está en mejores manos que las vuestras.

M. Jobson, el secretario de la Union de los obreros herreros, no estaba en su casa; pero su criada aconsejó á Enrique que fuera al *Sol saliente*, y en el salon de esta taberna encontró á M. Jobson discutiendo con otros magnates de la misma clase un enérgico artículo de fondo del *Hillsborough Liberal*, donde se abogaba por la extension del derecho electoral, medida eminentemente propia para fortalecer á los obreros de Hillsborough, en razon á su crecido número y á su costumbre de vivir cada uno en una casa, por pequeña que fuese.

Enrique aguardó á que el *Liberal* hubiese recibido su justo tributo de aprobacion, y luego preguntó respetuosamente si podia hablar á M. Jobson.

— Seguramente, respondió M. Jobson, ¿quién sois?

— Me llamo Little y fabrico las herramientas para esculpir en casa de M. Cheetham.

— Vamos á mi casa, que está á dos pasos.

Llegados á casa de M. Jobson, este suplicó á Enrique que se sentara y le preguntó con una dulzura afectada el objeto de su visita.

Esta pregunta por parte de aquel hombre sorprendió mucho á Enrique.

Sacó la carta anónima de su bolsillo y la presentó á M. Jobson; pero sin decirle cuándo ni cómo la habia recibido.

M. Jobson la leyó atentamente, y luego devolviéndosela á Enrique, le dijo:

— ¿Qué tenemos que hacer nosotros en este asunto?

(Se continuará.)



SAN MEDARD. — Si llueve el día de San Medard, que es el 8 de junio, dice la tradición popular que llueve cuarenta días seguidos: pero este año el santo en cuestión no nos ha dado una gota de agua: así es que los parisienses piden su reemplazo, porque dicen que ya con su avanzada edad no desempeña bien su misión de abastecedor de lluvias en estío.



— ¿Con que no hay agua? Pues nos consolaremos como podamos.



— Hé aquí el mas bonito regalo que se puede ofrecer este año á una señora.



— ¡Qué lástima que no estén llenas de agua!...



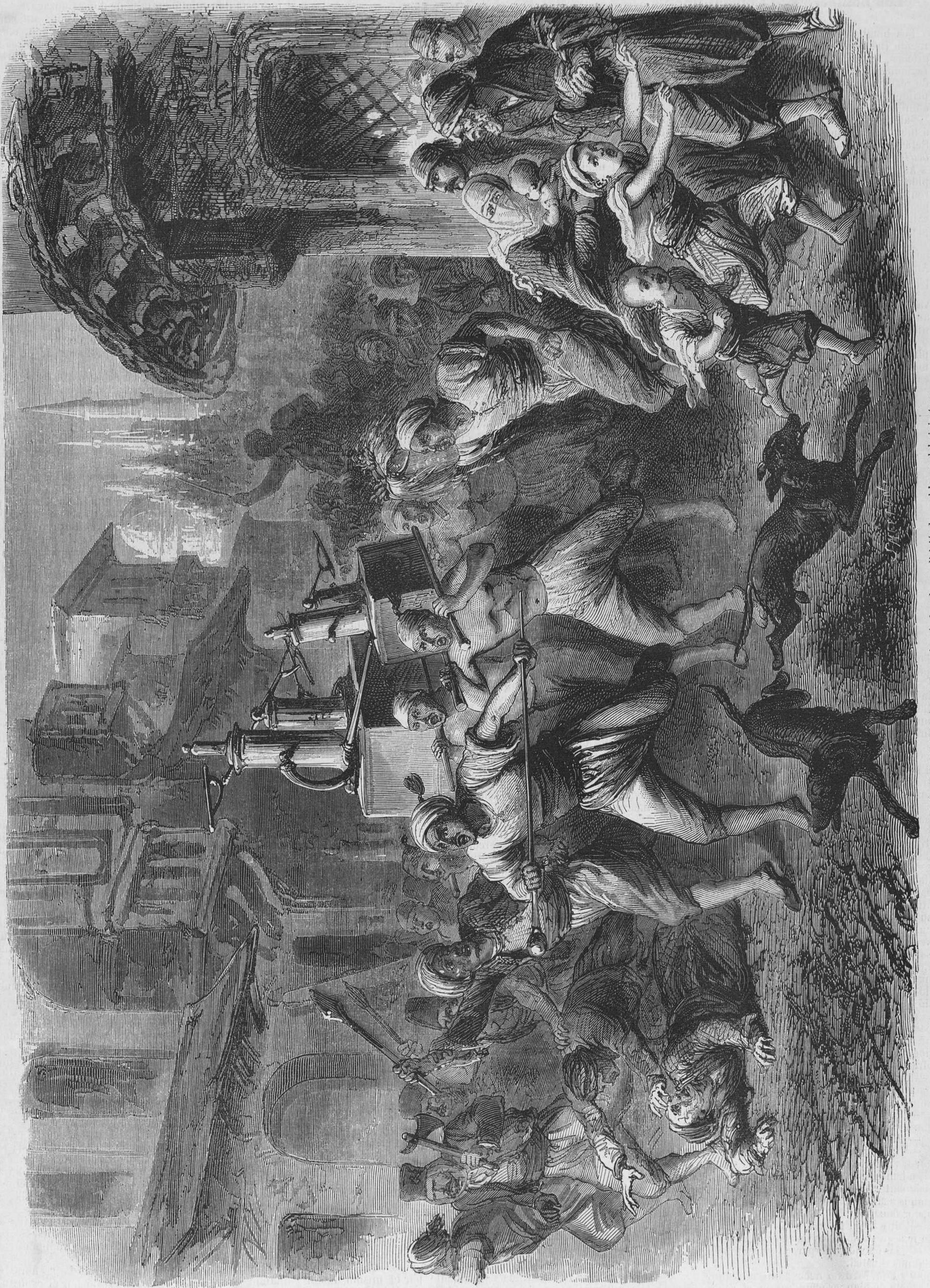
Aprovechando las mangas de riego.



El artista M. Courbet se ampara bajo su paraguas para no recibir la cruz de la Legion de Honor llovida del cielo.



CONCLUSION. — Los vendedores de paraguas desesperados se suicidan.



EL INCENDIO DE CONSTANTINOPLA. — Escuadra de bomberos dirigiéndose al lugar del siniestro.

Los bomberos de Constantinopla.

Los bomberos de Constantinopla forman una corporación independiente, compuesta en su mayor parte de griegos, armenios y albaneses, con sus costumbres, sus reglamentos, sus ceremonias y sus fiestas. En sus días de regocijo pierden la cabeza: bien se ve que no es su primera virtud la temperancia; pero la ley de Mahoma admite arreglos.

Sabido es que la ciudad de Constantinopla, donde tan á menudo hay incendios, tiene dos torres: la torre del Seraskiérat y la de Galata, de donde los vigilantes, *bedji*, anuncian al pueblo los incendios.

Así que dan la voz de alarma, salen los bomberos rápidos como el rayo, por grupos de veinte, treinta y cuarenta. Dos ó tres llevan á hombros las bombas, que son pequeñas, pero muy eficaces. Esos grupos pasan por las calles como un huracán, y pobre del transeunte que tropieza con ellos.

Ya están delante del fuego; pero aquí se revela uno de los vicios de su organización demasiado primitiva. Antes de empezar á trabajar, piden al casero la recompensa de sus servicios.

Una vez hecho el trato, se puede contar con la fuerza, valor é intrepidez de los bomberos, que no retroceden ante ningún peligro, como se ha visto en el último siniestro.

Sin embargo, no basta esto, y ya que en Constantinopla se anuncian tantas reformas, deberían comenzar por mejorar este servicio, uno de los más importantes de la capital de la Turquía.

H. V.

El Doctor Témis.

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

Monterilla en efecto cerró el Diccionario de la legislación y se fué donde el doctor Témis, perfeccionando por el camino sus nuevos proyectos.

Demasiado pronto se halló en la puerta de la casa, á la que á pesar de ir bastante aprisa, no hubiera querido llegar tan en breve, pues sin saberlo él mismo vacilaba mucho acerca de si debía entrar ó no donde un hombre que le inspiraba un respeto tan extraordinario.

Parándose, pues, en la puerta y mirando al zaguán, se asustó notablemente, se sintió cortado y casi resuelto á retroceder. Varias veces llegó hasta la puerta de adentro, pero al ir á tocar se quedaba con la aldaba en la mano mirando el escudo mientras con suavidad volvía á ponerla en su lugar, para que no sintieran llamar hasta que se resolviera definitivamente.

Entre tanto salía á la puerta de afuera ensayando de diferentes modos dentro de sí mismo, lo que había de decir y la cláusula por donde era preciso comenzar.

Volvía otra vez para adentro, cogía la aldaba, se quedaba con la mano puesta encima, volvía á mirar para la calle, echaba rúbricas sobre el barniz de la puerta, y atisbaba por las endijas. Todos estos actos aumentaban su irresolución, de modo que paseándose por el zaguán ensayaba su embajada, hasta que por último sin resolverse todavía dió el aldabazo, no muy fuerte, y cuyo sonido fué tan dudoso como el ánimo de quien lo daba. Entonces le pareció que hablaban dentro, y creyendo que el doctor Témis estuviese con gente casi se arrepintió de haber tocado, y pensó irse mas bien, cuando sintió que venían á abrirle.

Ya no había remedio, y tuvo que entrar á la antesala para esperar un rato, que no fué muy largo, pues bien pronto lo hicieron seguir al cuarto de estudio donde el doctor Témis sin manifestar sorpresa lo recibió y aun le ofreció asiento.

Monterilla estaba algo cortado, mas el doctor Témis, para evitar la prolongación de semejante visita, le preguntó seriamente qué quería.

— Vengo, contestó, á tomarme la libertad de hablar con el señor doctor sobre algunos asuntos importantes.

— Puede Vd. hablar, contestó él.

— Ha llegado, señor, á mi noticia, que se persigue por las autoridades al señor Adolfo Castelvi, y me consta, además, que el Mordedor va á ser condenado definitivamente. Yo querría prestar en esta ocasión acerca de ambos asuntos algún servicio á la justicia, porque creo poder hacerlo.

— Muy bien, interrumpió el doctor Témis: Vd. puede ir á prestarle todos los servicios que guste.

— Mas; señor, me parece que también podría prestar algunos á usted.

— ¿A mí? Yo no necesito de ninguno.

— Me habían asegurado que el señor doctor estaba vivamente interesado en la captura de don Adolfo.

— Sea de eso lo que fuere, repuso el doctor con disgusto, yo no necesito, ni en eso, ni en nada, de los servicios de usted.

— Deseaba también que hubiese una entrevista entre el señor doctor y Adolfo Castelvi.

— Esa entrevista la habrá, Monterilla; y tiemble usted de ella. Tiemble de miedo á la ley y á la justicia, pues bien pronto Monterilla seguirá paso á paso la carrera funesta de sus clientes, para caer en un abismo aun mas funesto que el que aguarda á esos criminales, cuya defensa no logrará á pesar de su maña y de su audacia. Sí, Monterilla: esté Vd. seguro de que yo lo sé todo, y de que se equivoca si piensa revelarme algo, y mucho mas si tiene el arrojo de intentar engañarme. No necesito de indicaciones; su conducta espía por mí mismo minuciosamente, ha bastado para instruirme de todos sus horribles secretos. Por tanto no es menester que Vd. hable ahora. Sé mejor que Vd. mismo á lo que viene, lo que piensa decirme, la variación aparente que intenta dar á sus inícuos planes y los servicios que quisiera tener el honor de prestar á la justicia: por consiguiente debe usted considerarse despachado.

— Señor, dijo Monterilla: acaso...

— Puede Vd. retirarse, interrumpió el abogado; pues nada nuevo tiene que decirme ni yo que responderle.

Monterilla cortado y confundido en extremo, se vió en la precisión de irse sin llevar el menor consuelo, y antes bien, sobrecogido de cuidados y lleno de alarma, pues no le quedaba la menor duda de que el doctor Témis era un enemigo formidable que todo lo había penetrado y contra el cual no quedaba otro recurso que huir ó rendirse.

En su embarazosa situación no halló mas arbitrio por el momento, que congregarse inmediatamente una junta extraordinaria, para poner en noticia de todos el caso crítico en que se hallaban y acordar, si era posible todavía, algun recurso que les dejase esperanzas de escapar.

Mas cuando observó que no podía congregarse tal junta, pues á don Adolfo le era imposible salir de la casa donde estaba escondido y exponerse á que lo viese el espía, mientras que Soliman y Oropimente estaban ausentes, desfalleció completamente, viendo que no tenía quien pudiera aconsejarlo, sino la Daifa.

Resolvió, pues, irse donde ella, siquiera para desahogarse de sus inquietudes y con la esperanza de que esta mujer, acaso mas tranquila, tuviese en semejante ocasión mejor ingenio que él mismo y pudiera auxiliarlo con algun consejo útil y oportuno.

— ¿Por qué viene tan triste, señor Monterilla? le preguntó la Daifa luego que lo vió.

— Porque nuestros negocios andan muy mal, señora.

— Eso no es nuevo para mí; lo tenía previsto así, desde que vi á Vds. tan confiados y sobre todo tan tontos que no sabían lo que hacían. Mas á mí poco me importa todo eso, pues en salvándose el Mordedor, bien puede cargar el diablo con todos los demás.

— Ese es el trabajo, señora Daifa, que para el Mordedor también andan las cosas demasiado mal.

— En tela de juicio, dijo la Daifa, ya lo sé. Pero tengo esperanzas de que si Vd. no puede salvarlo, yo sola le proporcione la fuga como Dios me ayude.

— ¡Ojalá! jamás he dejado de tener mucha confianza en Vd.; y aun espero que me aconseje algun partido en estas angustiosas circunstancias.

— ¿Pero qué es lo que ha ocurrido de nuevo que está usted tan abatido?

— Que el doctor Témis lo sabe todo.

— ¿Cómo es eso de saberlo todo así no mas? ¿quién se lo ha dicho?

— Lo ignoro; pero acabo de hablarle y me ha tratado con el mayor desprecio, advirtiéndome que todo lo sabe.

— ¿Y usted se lo ha creído? ¡Vaya, señor Monterilla, que se ha vuelto otro entre los manos sin saber cómo!

— No, señora. El tono con que habló y la manera como me ha despedido, me convencen, á pesar mio, de que ese hombre tiene ya descubiertos todos nuestros secretos.

— ¿Por qué no usa de ellos entonces? preguntó la Daifa. ¿Por qué no coge á don Adolfo y se deja de hacer rondas?

— Quién sabe; pero yo temo mucho.

— Según eso, replicó la Daifa, alguno le ha revelado...

— Yo creo que nadie, señora, y que solo ha bastado para descubrirle las cosas, su cálculo infernal que es admirable.

— Mas, ese cálculo no podía acertar sin algunos datos, y entonces es preciso que haya algun traidor entre nosotros.

— Bastantes datos puede haberle proporcionado el espionaje infame, que me ha dicho haber ejercido respecto de mí mismo.

— ¿Espionaje? Eso no importa. Yo no creo que usted haya andado con descuido, ni caído en alguna indiscreción.

— No; pero el doctor Témis es hombre que necesita pocos datos. Ahora mismo he visto que me ha adivinado los proyectos con que fui á su casa y que á nadie absolutamente había yo comunicado.

— Déjese de eso, señor Monterilla: no crea que el doctor Témis sepa nada: todos son cuentos y bambolla de ese hombre orgulloso. Nada sabe, y la prueba está en que la policía pasó hoy toda la mañana en casa de doña Gonzaga buscando á don Adolfo sin poder hallarlo; la policía fué instruida seguramente por el mismo doctor Témis, quien si hubiera sabido el escondrijo de aquel, es bien seguro que lo habrían atrapado.

— Eso prueba tanto en favor de lo que Vd. dice, como de lo que yo digo, pues que por lo menos se ha sabido que está don Adolfo en casa de doña Gonzaga.

— Solo prueba que el tal doctor Témis únicamente sabe las cosas á medias y cree saberlas bien, como es muy natural; lo que lejos de perjudicar nuestros intereses, los favorece muchísimo, porque nada importa que sepa algo, con tal que esté engañado creyendo que nada ignora.

— Mucho me temo, señora Daifa, que el doctor Témis sepa todavía mas, respecto de nuestros asuntos, que nosotros mismos.

— No lo creo; y á fe que si tal creyera ya yo lo habría despachado.

— Le comprendo, dijo Monterilla; pero eso tiene dificultades muy grandes.

— ¿Por qué?

— Porque el doctor Témis está bien defendido en su casa: sus muchos amigos lo acompañan de continuo; la gente de su servidumbre es tan incorruptible como él mismo, y lo aman tanto que es imposible se descuiden ni siquiera un momento acerca de su señor.

— Sí... todas son dificultades; y mejor sería que hubieran previsto eso desde el principio, para no meterse en honduras de que hoy les parece imposible salir.

— ¿Pero qué quiere Vd. que hagamos? ¿qué haría en nuestro caso?

— Salir de ese doctor Témis, aun cuando para ello fuera necesario arriesgar algo, pues ya ha venido á ser indispensable acabar con tan terrible enemigo.

— ¿Pero de qué manera es posible salir de él aun cuando arriesguemos algo?

— Debían ensayar Vds. un arbitrio que es imposible deje de tener un mágico resultado, aun en el caso de que el doctor Témis lo sepa ya todo. A la fecha Oropimente y Soliman habrán despachado al fugitivo Emilio, puesto que no habiendo regresado, es señal segura de que tomaron el mismo camino, y de que no se han detenido sino para asegurar mejor el golpe. Muerto Emilio, el doctor Témis será mas sensible á sus desgracias si lo sabe, y tratará por lo menos de salvar la memoria del muerto evitando recaiga sobre ella la deshonra del padre. Entonces Vd. preparará una junta solemne para la noche que se crea mas al caso: todos concurrirémos bien armados; y despues de ensayar diestramente á don Adolfo (ya Vd. me comprende) y de obligarlo á lo que convenga, pues Vd. sabe está en la necesidad de hacer cuanto queramos, puede decirse á Enrique, quien ya nos ha auxiliado en algunas cosas, que finja con el doctor Témis un denuncia y lo lleve á la junta como para sorprendernos á todos y conducirnos á la cárcel. Probablemente irá acompañado, ya lo veo; pero á pesar de eso, entre todos podremos arrollarlo, y quedará todo pendiente de la suerte de las armas. Mas no es eso lo mejor: don Adolfo hablará entonces con toda la ternura é interés que es de suponer en favor de su hijo, se postulará, prometerá la enmienda y pedirá perdon. Despues de esto el doctor Témis, ó lo defiende, ó se rehusa todavía: si lo primero, tanto mejor, y si no, salimos de él y nos libramos de una vez de su persecución.

— Bien, dijo Monterilla; ¿y no sería bueno para comprometer mas al doctor Témis, obligar á don Adolfo á que diga estar pronto á descubrir los secretos de la compañía?

— Si duda; él debe manifestar que se ha arrepentido, que va á huir de nosotros, á borrar á fuerza de virtudes sus delitos pasados; dirá que ha caído en el crimen involuntariamente, y forzado por nosotros. El doctor Témis, con la esperanza de descubrir los secretos y suavizado por tanta humillación, cederá al fin sin remedio, y defenderá al Mordedor consiguiéndole un indulto, con lo que todo quedará perfectamente.

— Es delicado el plan, dijo Monterilla, aunque es bien consolador.

— ¿Delicado? ¿por qué?

— Porque conozco mucho al tal don Adolfo...

— No hay que temer: él está igualmente perdido, ó mas perdido que todos; así es que si anda con escrupulillos, mejor sería que se ahorcara. Pero no se andará en ellos, señor Monterilla; lo que importa es tener mucho valor, y sobre todo mucho descaro; peor es dejarnos atrapar como palomas, y que nos maten de uno en uno con santa paciencia como si fuéramos ovejas.

— Tiene Vd. razon: aguardaremos á Oropimente y Soliman que deben estar de vuelta hoy, ó mañana á mas tardar; arreglaremos las cosas y celebraremos la junta como Vd. me aconseja.

— Me parece bien, dijo ella. El consejo de una mujer suele ser, en casos apurados, mejor que el de ningún hombre. Ya verá Vd. cómo lo aprueban Soliman y Oropimente.

— Ojalá; porque yo no quiero sino que todos obremos de acuerdo para salvar mi responsabilidad.

— Malo... malo, dijo la Daifa meneando la cabeza; muy mala idea me formo yo de los que dicen así; poco carácter y poco talento. El mejor modo de salvar la responsabilidad, señor Monterilla, no estriba en obrar de acuerdo con los otros, sino en obrar mejor que ellos, al menos en obrar de modo que los hechos satisfagan á quien importan y á quien los hace.

— Ahí haremos lo que se pueda, dijo Monterilla despidiéndose para ir otra vez á su casa á meditar este otro punto, mientras llegaban Soliman y Oropimente para consultárselo y ponerlo en práctica.

Monterilla, despues de haber pasado largas horas meditando, se sintió de repente movido por el espíritu de acción, en virtud del convencimiento á que llegó de la bondad y eficacia que encerraban los consejos de la

Daifa; y parándose súbitamente del asiento, se puso á pasear por la pieza muy aprisa, riéndose con una satisfacción feroz.

— ¡Enrique! exclamaba. Cuán útil vas á serme. Sí, la Daifa tiene razón, y yo no puedo engañarme. Enrique es rival de Emilio, lo detesta, y haciéndolo obrar como cómplice, no hay ya temor de que nos pierda, que era lo único que me embarazaba. Que hable pues por sí mismo, proponga y practique el consejo de la Daifa, y así quedará por uno de los nuestros, y aun contribuirá á salvarnos en caso de malograrse este proyecto. Además, ¿qué se arriesga? ¿No lo sabe ya todo el doctor Témis? El único recurso es engañarlo con la verdad... ¡Oh! si yo lo logro, ¡con qué gozo me reiré! Y si no, por malo que sea el resultado, nada nuevo se pierde, porque todo está perdido. Mas ¿por qué desconfiar? Nuestro secreto debe darnos un poder formidable, el poder de engañar, y los elementos abundan para la mentira de acción. Es seguro que Enrique está en imposibilidad de vendernos, y esto basta; no se necesitaba otra cosa; deben pues seguir ahora, como dice la Daifa, el valor y el descaro: el descaro en Enrique, y el valor en nosotros; y que Enrique sea descarado, ¿quién lo duda, cuando el estímulo va á ser irresistible y á obrar sobre el corazón de un perverso de alta guisa?

Monterilla decía esto disponiéndose á toda prisa para irse donde Enrique, aunque ya eran las seis de la tarde.

A esta visita no iba vacilante como fué por la mañana donde el doctor Témis; al contrario, en un momento llegó á la casa y empezó á dar en la puerta golpes tan fuertes y precipitados, que los criados se alarmaron y salieron inmediatamente, con mucha curiosidad, á ver quién era.

Enrique no estaba allí, y Monterilla tuvo que ir á buscarlo á la fonda, donde lo encontró jugando. Lo llamó aparte, y se retiró con él al zaguan de enfrente, donde muy despacio lo impuso por órden, de lo que convenía supiese, y lo estimuló, halagándolo con esperanzas y seguridades de buen éxito; poco rato despues siguieron juntos para la casa de Monterilla.

Enrique iba ufano en extremo de poseer tan extraordinarios secretos y haber merecido la confianza de ser instruido en una clave de la que con fundamento esperaba mucho para sus ruines pasiones; Monterilla, por el contrario, triste y sobresaltado, no cesaba de recomendarle la reserva.

Al fin llegaron á la siniestra casa, cuyo aspecto infundía pavor con su ancho y vetusto porton, que daba entrada á un patio húmedo y pequeño, cubierto de matorrales y rodeado de aposentos, cuyas angostas puertas dejaban ver la oscuridad misteriosa del fondo, como el cómplice morador de ese fatídico edificio.

XV.

EL PRESO.

Monterilla y Enrique atravesaron el patio, entraron en un pasadizo, volvieron por un corredorcito estrecho, despues del cual, bajando unas gradas, descendieron á un sótano escondido y tenebroso.

— Ahí está, dijo Monterilla á Enrique: voy á traer la llave.

Enrique se quedó asustado mientras Monterilla volvía, y tocando la puerta que no veía bien, trataba de distinguirla poseído de miedo de entrar por ella cuando la abriese Monterilla.

En medio del silencio que parecía reinar dentro, se oía de rato en rato arrastrar una cadena, y á veces tambien un gemido lastimero que hacia enternecer el corazón de Enrique, pero cuyo efecto se apresuraba él á calmar recordando la imagen de Adelaida, y la esperanza de poseerla que acababa de ofrecerle Monterilla.

Este tardaba, y entre tanto Enrique creía estar oyendo á las tinieblas y verlas animarse poco á poco, imponerle respeto y querer como introducirse en su alma para engendrar en ella el verdugo enlutado del remordimiento, que de continuo habia de repetir en sus oídos ese suspiro serio y prolongado que en aquella cueva parecía exhalar la oscuridad misma, mirando asustada desde la puerta de una tumba, al que siendo malo en medio de la luz, debía causar horror en medio de la noche.

Para no ceder á los impulsos benévolos que ese instante parecía inspirarle, se salió al corredor, donde recibió inmediatamente su carácter y se resolvió en el sentido que le convenia.

Monterilla volvió luego y abrió la puerta, diciendo á Enrique en voz baja que entrase y expusiese con energía su proyecto.

— ¡Señor Adolfo Castelvi! dijo Enrique entrando.

— ¡Ah! exclamó el preso, ¿quién me llama con una voz tan nueva para mí? No es Monterilla, no... la voz de un joven... debía ser la de mi hijo... Si vieras á tu padre... ¡hijo querido! ..

— No es su hijo, interrumpió Enrique; es un amigo.

— Antes de emplear ese nombre, dijo el preso, deme usted la libertad para creer en sus palabras y poder abrazarlo.

— Tal vez, dijo Enrique avanzando hácia donde sonaba la voz.

— Viene dudoso, dijo don Adolfo. No entra así la amistad al calabozo donde gime el inocente como víctima del criminal. No es un amigo, continuó; déjeme usted en paz, nuevo agente del horrible Monterilla.

— Soy su amigo, repitió Enrique.

— ¡Mentira! Aquí no entrará otro amigo que mi hijo generoso cuando venga á darme la libertad. El rostro de usted entre estas tinieblas tan espesas para el que entra, y tan claras ya para quien las habita, muestra una impavidez que me es hartó sospechosa.

— Sin embargo, dijo Enrique, yo vengo á aliviar á usted, y creo que no debe temerme.

— ¿Yo temer? Jamás: y mucho menos despues de que me han hecho los males mas grandes que podia aguardar en la maldición de los cielos.

— Sí: ya sé que Vd. ha sido muy desgraciado.

— Por lo mismo debia Vd. correr á darme libertad y llevarme donde mi hijo... ¡Oh! ¡y cuán feliz haria Dios al que llegara á ejecutar tan bella acción!

— Puede ser, dijo Enrique; pero Vd. ha empezado mirándome como á enemigo.

— Es verdad. Mas... perdon: sí... es imposible que un hombre tan joven no sea todavía bueno y generoso.

— No piense Vd. pues mal de mí, que puede ser tenga yo al fin el gusto de ser el órgano por medio del cual puedan cesar sus sufrimientos y los de su hijo.

— ¿Los de Emilio? ¡pobre hijo mio! Ya sé cuánto sufre, porque Monterilla me lo ha comunicado; pero vive, ¿no es verdad?

— Sin duda; y sus sufrimientos, así como los de usted, cesarán en breve.

— Sí, caballero; sea Vd. virtuoso. Instruya á Emilio de la situación á que su padre se halla reducido... Vea usted, continuó tendiéndole la mano, el horroroso estado en que me encuentro.

Enrique tomó la mano que le tendia don Adolfo, y lleno de pavor volvió á soltarla, porque le pareció que cogia la mano yerta de un esqueleto que hablaba.

— ¿No es verdad que esto es horrible? continuó don Adolfo, ¿que él dia en que mi hijo me vea, si llega por ventura ese dia, lo asustaré y no podrá reconocerme? ¡Ah! Cuánto llevo de este encierro bárbaro y tiránico, atado á la cadena y alimentado solo con un sustento grosero y escaso, medido para conservarme la vida y quitarme las fuerzas. Hace tres meses que ansioso de ver á mi hijo, y habiendo conseguido, por medio de un trabajo asiduo, algo con que poder establecerme á su lado, venia para Bogotá, solo y contento, deseando verlo cuanto antes: la noche me sorprendió algo distante de aquí, pero no quise detenerme en mi impaciencia, y á las once de la noche pasaba por ese camino que queda arriba de Egipto. Allí fui atacado por Monterilla y cuatro de sus compañeros, que habiéndome robado cuanto traía y dejádome por muerto, se retiraron un momento para volver á reconocermé, en cuyo acto observaron que aun vivia: uno de ellos me conoció por desgracia, se opuso á que me mataran, y fui traído á este calabozo donde cuidaron de mi persona para especular con mi nombre, como sé que han especulado, porque así me lo dicen con descaro. Sí, me han robado mi nombre para deshonrarlo y calumniarme con un fin miserable, y han cubierto de infamia el nombre esclarecido de mi hijo. Y yo entre tanto gimo en este encierro sin poder desmentir á los calumniadores ni ver á mi hijo para desengañarlo. Corra Vd. á publicar estos hechos. ¡Oh! ¡Cuánto mi hijo me habrá maldecido! ¡Cuánto habrá llorado al verse como hijo de un padre criminal!... Por piedad, caballero, lléveme donde Emilio, dígame por lo menos que su padre está inocente...

— Bien puede ser que llegue ese dia, repuso Enrique, y yo vengo precisamente á indicarle los medios de salvarse.

— ¿Cómo? Hable usted.

— Muy fácilmente si quiere. Monterilla, bajo cuyo poder se encuentra Vd., está interesado en salvar al Mordedor que ya ha sido condenado; don Adolfo, el que ha tomado su nombre, desea escapar de las persecuciones tenaces de la justicia; y yo he determinado casarme con una de las hijas del señor Osman, cuyo objeto está enlazado con los dos anteriores. Pues bien, todas estas miras pueden lograrse, con solo que Vd. lo quiera, y se sujete á un sacrificio pasajero que dará por resultado la libertad que tanto anhela, y la rehabilitación y desengañó de Emilio.

— ¡Silencio, miserable! exclamó don Adolfo. Salga usted ahora mismo de este sitio que viene á manchar con un nuevo crimen.

— No saldré hasta que Vd. quede instruido de lo que se trata de hacer, para que piense y escoja el partido que mas crea convenirle.

— Hable Vd. cuanto quiera, que yo no lo honraré mas con mi atención.

— El objeto principal de Monterilla queda cumplido, si el doctor Témis, que es un amigo poderoso de Emilio, se persuade perfectamente de que Vd. es criminal, pues entonces por salvar á ese joven de la infamia y á usted mismo de la pena de los delitos que se le atribuyen, defenderá al Mordedor; el del falso Adolfo se consigue echando sobre otro nombre que está seguro de la impunidad de la responsabilidad que tratan de hacer efectiva en él como verdadero delincuente; y el mio quedará cumplido igualmente, ofreciendo á Adelaida, quien tiene por el honor de Emilio un interés muy marcado, que yo lo salvaré de la deshonra el dia que ella me dé su mano. Ahora verá como se cumple tambien el suyo, señor Castelvi; apenas salga libre el Mordedor, y el falso Adolfo, dejando de ser perseguido, pueda fugarse, y yo vaya á desposarme con Adelaida; se revelará el plan por mi mismo, haciendo creer que una equivocación fatal fué la que dió lugar á suponerlo á Vd. como delincuente: en consecuencia su nombre quedará rehabilitado, y todo concluido de un modo ventajoso para nosotros y usted.

Enrique se quedó esperando la respuesta, hasta que pasado un rato continuó.

— La acción de Vd., señor Castelvi, para ayudarnos en nuestros proyectos, está reducida á un hecho muy simple, pues únicamente le toca suministrar el consentimiento que se necesita en el doctor Témis, lo que es muy fácil para Vd. si conviene en asistir á una junta á la que concurrirá igualmente aquel, y en prestarse á pasar por el verdadero delincuente. Para dar verosimilitud y fuerza á la suposición y mover al doctor Témis en su favor creyéndolo delincuente, Vd. pedirá perdon de sus supuestos crímenes, se manifestará arrepentido y llegará aun á ofrecer en cambio de la indulgencia, la revelación de los secretos de la compañía. En fin, si acepta este partido, será bien ensayado por nosotros y saldrá todo muy bien. Hé aquí el cuadro que le ofrecemos si se presta á soportar por pocos dias una calumnia que solo engañará á uno que otro, pues al efecto este asunto ha sido manejado con gran reserva y así continuará hasta el fin. Vea ahora lo que sucederá si se rehusa: usted quedará deshonrado públicamente y para siempre, porque Adolfo el falso se ocultará mientras puede irse y recobrar su nombre verdadero: Emilio quedará infame, acaso morirá, y la prision que Vd. está sufriendo se prolongará hasta que siendo preciso evitar que la policía lo encuentre, venga á hacerse forzoso poner término á sus dias... ¿Aun no me responde Vd.? Pues bien: se le señala el plazo de cuarenta y ocho horas, dentro del cual debe resolver sobre su propia suerte: vencido este, Monterilla vendrá á imponerse, y sea cual fuere entonces la resolución definitiva que Vd. manifieste se llevará á efecto inmediatamente.

— ¿Y por qué no vino el mismo Monterilla, preguntó don Adolfo, á hacerme esas proposiciones? ¿las creyó por ventura demasiado infames para que su bajeza descendiese hasta el extremo de comunicármelas personalmente?

— Era preciso, señor Castelvi, que yo me persuadiese por mis propios sentidos de la realidad de estos secretos, para servir de órgano en el asunto; y era tambien necesario que un imparcial hablase al doctor Témis para obligarlo, en caso de que Vd. acceda, á la entrevista que se propone. En fin, Monterilla lo ha exigido así y yo ignoro cuántas otras razones lo habrán movido.

— Puede Vd. retirarse, dijo don Adolfo á Enrique.

Este salió del calabozo que Monterilla volvió á cerrar preguntando á Enrique con poca inquietud el resultado de su encargo.

— No hay remedio, le contestó siguiendo juntos para el cuarto de estudio: todos nuestros intereses van á triunfar, aun cuando el señor Castelvi se manifiesta muy resistido á aceptar su papel. Poco importa eso: al fin tendrá que ceder, porque ¿qué remedio le queda? ¿Qué gana con rehusar? ¿Cómo podrá resistirse á la esperanza de recobrar su libertad, de ver á Emilio y disipar la calumnia? Es imposible: él pensará esta noche con detenimiento, y mañana lo verá Vd. ya determinado.

— ¡Excelente ha sido esta idea! exclamó Monterilla. Es necesario chasquear al doctor Témis, que está muy orgulloso y audaz haciéndonos la guerra, porque llegó á penetrar, segun comprendo, que nosotros teniamos un falso Adolfo y otro verdadero. Solo por eso puedo dar el paso de hacer una delación tan inesperada, y por eso tambien buscar con tanta tenacidad al denunciado.

— Mas ahora, dijo Enrique, lo vamos á confundir con el resultado de este plan.

— Y nos reiremos mucho al verlo volver sobre sus pasos confesando el error con que ha procedido. El no podia menos de estar en duda y vamos á hacerle ver que se engañaba; que efectivamente no hay mas que un Adolfo, que es el padre de Emilio; que es el verdadero delincuente, y que no hay otro arbitrio que salvarlo: es imposible que así no suceda.

— Por supuesto, dijo Enrique: mas debo indicar que es preciso precaver un reparo que puede ocurrir.

— ¿Cuál?

— El que resulta del aniquilamiento en que se halla don Adolfo: yo le he tomado una mano y no he tocado mas que los huesos.

— Es verdad; pero ya eso está precavido, pues se ha cuidado de advertir al doctor Témis que don Adolfo es hombre muy flaco y está aniquilado á causa de sus remordimientos y de la inquietud en que lo tiene la persecución de la justicia.

— Bueno será, sin embargo, alimentarlo y tratarlo mejor.

— Así lo haremos.

— Eso es muy prudente; pues importa sobremanera que nuestro plan salga bien: ya he dicho á Vd. que si me caso con Adelaida le pago con profusion.

— Por tanto es preciso que nos ayudemos recíprocamente; que Vd. tenga sumo cuidado en la reserva y que trabajemos de comun acuerdo.

— Repito que le ofrezco mi cooperacion; y entre tanto procure Vd. determinar al señor Castelvi.

Monterilla se quedó solo, no muy satisfecho, pues nada de cuanto habia hecho le parecia bien, y antes por el contrario, de todo se arrepentia despues que lo ejecutaba.

Enrique sí iba muy contento, imaginándose que era seguro su casamiento con Adelaida, porque esta debía tener mucho interés en librar á Emilio de su desgracia, para justificar su propia familia.

Enrique creia que ofreciéndole esta esperanza, no tendria inconveniente en aceptarlo por marido cuando ese matrimonio, además de ser un buen partido porque el

pretendiente era rico y de suposición, según él mismo se juzgaba, llevaba consigo una consecuencia muy favorable respecto de un joven á quien el señor Osman reputaba como hijo y que habia vivido en su misma casa.

Todavía Enrique daba mas peso á sus esperanzas, suponiéndose amado: y por tanto solo pensaba en aprovechar la primera ocasion para hablar con Adelaida, lo que no debia tardar, porque en casa de cierto ministro iba á darse un baile á la siguiente noche, al que la familia del señor Osman estaba convidada con sumo interés.

Entre tanto don Adolfo en su cadena no podia contener las lágrimas pensando en el modo infame como se habian propuesto abusar de su esclavitud y de su amor paternal, y en el extremo á que sus enemigos iban á llevar su triste situación, imponiendo sobre él solo, todo el furor de la justicia, el peso de las leyes y la execración de los hombres.

— ¡He aquí, decía, cómo tendré que calumniarme confesándome como ladrón y asesino, después que solo anhelaba estrechar á mi hijo virtuoso entre mis brazos inocentes; yo que venia á traerle los halagos paternales y la enhorabuena de su honor, vengo á arrojar sobre su frente el oprobio y la vergüenza. ¡Ah! ¡quién pudiera salvarlo de mí mismo y librar su memoria del aciago recuerdo de su padre! Cuánto habrá sufrido el infeliz Emilio al persuadirse de que yo he delinquido: sí; yo no alcanzo á comprenderlo en mi existencia que declina, cuando apenas se recuerda aquel sueño diáfano del porvenir que hace sonreír á la adolescencia, aquella vision de glorias, de amores y de esperanzas que se llama la juventud. ¡Oh! ¡Emilio desgraciado! la vejez va á empañarlas llevando en cada arruga un enjambre de crímenes y una fuente de infamia. No: yo no debo vacilar: ¿cómo habria de resolverme á pasar por criminal? Es imposible... Mas entonces ¿quién defiende nuestro nombre? Bien que me resuelva á morir ¿pero dónde está el que puede rehabilitar mi memoria? Son malvados todos los que saben mi inocencia. Si la supiera alguno virtuoso... sí, yo debo probar todos los medios para conseguir que los hombres me vean: puede ser que así, á despecho de mi propia confesion, se deje sentir la verdad y no se dé crédito á mis propias calumnias. No: no las creerán. La verdad tiene un poder divino que no estriba en la palabra, que brilla á pesar de la mentira, que se comunica de pensamiento á pensamiento como por medio de un fluido misterioso é invisible que no está sujeto al poder humano ni deja sonar la voz del embustero; que se revela al corazon como se revela Dios mismo sin que nada pueda contrastar su influencia sacrosanta. La boca balbuciente de Adolfo Castelvi dirá que es criminal; pero la inocencia cortará á mis palabras el vuelo que las llevaba al oyente y caerán á mis piés como un cadáver al sepulcro. ¡Yo criminal!... Emilio no ha podido creerlo; y si me lo oye confesar exclamará ¡MENTIRA! ¡Oh! si él tuviera de mí este concepto ¡qué desgracia! ¡Cómo me maldeciría! ¡Cómo habrá visto ese retrato que tambien me robaron y que Monterilla me ha dicho haberle remitido en nombre mio, para persuadirlo de que pertenezco á esa infernal compañía! Debe haberlo arrojado lejos de sí ¡qué descaro! ¡qué perversidad! habrá dicho. Con razon Emilio me habrá desconocido; con mucha razon debe negarme, porque el que es criminal y tiene hijos debe ser despojado por ellos mismos del carácter de padre y lanzado de la sociedad como un egoísta sin vínculos. Ah ¡Dios mio! esto es horrible... pasar por criminal... Si es preciso, me impondré ese costoso sacrificio, para pasar después por inocente, por hombre de bien, por un buen padre á quien le fué preciso un sacrificio horrendo para defender á su hijo y borrar la infamia que sobre él habia hecho recaer las calumnias mas crueles, que tuve que pronunciar yo mismo para poder desmentirla.

XVI.

EL PUENTE DE ICONONZO.

Mientras pasaba todo esto en Bogotá, Adelaida lloraba sin cesar la ausencia peligrosa de su amante, sin que pudieran aliviarse los consuelos y caricias que sus her-



Arion, estatua por M. Hiolle.

manas le prodigaban. Santiago andaba por el camino del Sur en busca de Emilio, á quien no podia alcanzar, no obstante que en todas las poblaciones y chozas donde se informaba, le decian hacer poco tiempo habia pasado un joven desfigurado, pálido y distraído, que á pesar de su debilidad no se detenía en ninguna parte.

Al segundo día de camino, ya los informes cesaron enteramente y nadie daba razon de haber visto ningun viajero cuyas señales pudieran aplicarse y convenir á Emilio.

Santiago como amante sufría ya una tristeza tan profunda, que le era imposible continuar sus esfuerzos para andar aprisa, deseando mas bien sentarse en alguna de esas soledades, á contemplar sus penas y desengaños.

Desde que cesó la razon que le daban de Emilio y que hasta entonces lo fortalecía, su decadencia se hizo mas irresistible, juzgando que Emilio en su desesperacion se habia matado, ó que rendido por la fatiga, habia muerto en alguno de esos campos.

La misma tarde en que Enrique tuvo su entrevista con el verdadero Adolfo, Santiago caminaba despacio, vacilante sobre si debía seguir ó retroceder á persuadirse de que Emilio no se habia quedado atrás, como era posible hubiese sucedido.

Mientras resolvía esta duda, dejando á su espalda el pequeño y miserable grupo de chozas que forman el pueblo de Pandi, andaba lentamente, no bajo el rigor de ese sol de los climas ardientes que rinde las fuerzas y postra el espíritu, sino antes bien, protegido por la influencia de esa luz agradable que extendiendo sobre la naturaleza un colorido encantador y gracioso, dota á todos los seres de una apacibilidad tan pura y dulce, que hace por algunos momentos las ideas y la imagen de la muerte del todo ajenas del pensamiento del hombre.

Así influía, por lo menos, sobre Santiago aquella tarde por esa soledad tranquila, cuyo silencio no era inter-

rumpido, sino por el graznido que lanzaban volando algunos pájaros salvajes: no se oía mas ruido, el aire estaba quieto, las pisadas del caballo de Santiago solo sonaban en uno que otro paso pedregoso, y fuera de él y de los pájaros que bien pronto se perdieron de vista, el aire y la tierra parecían inhabitados.

La senda por donde iba, seguía tortuosa en un terreno irregular y quebrado, donde se veían enormes piedras cubiertas de lama negra, que contrastaban con la atmósfera transparente, denotando como tumbas la tierra del olvido.

Poco á poco el bosque iba haciéndose mas espeso, y la soledad y el silencio tomaban un carácter mas grave y profundo, que contristaba á Santiago, pareciéndole que en busca de un desgraciado, dejaba ya la creacion animada y penetraba mas á cada paso en el dilatado y confuso recinto de una creacion muda y vegetal.

Le parecia imposible que Emilio hubiese andado tan aprisa que fuera adelante; y mas aun, que al penetrar por aquel camino, la desesperacion no hubiese depuesto sus furroses para dar campo á una tristeza sombría, pero blanda, que nunca puede permitir un atentado contra la propia existencia.

Entonces se le ofreció al paso un pequeño puente natural, que solo se diferenciaba del resto del camino, en estar cubierto cuidadosamente de arena y piedras menudas, y en las balastradas de madera ordinaria sin pulir que tenía á uno y otro lado, tan débiles que la sola inclinacion del cuerpo podia echarlas á fondo.

Si Santiago no hubiera ido cuidadoso y alarmado con la idea del suicidio de Emilio, no habria hecho alto en este puente donde no se veía siquiera el curso de las aguas, ó la fértil vega que de ordinario encanta la vista del que pasa un arroyo lejos de las ciudades.

Pero era necesario examinar ese sitio en que la naturaleza no solamente parece quiso disimular la grandeza y arrogancia en las dimensiones de una arquitectura suntuosa y soberbia, que desdeña con dignidad y orgullo la inútil é incompleta admiracion de los humanos; sino que tambien abrió allí un abismo espantoso, como para desafiar á la desesperacion y anonadar el odio de la vida.

Santiago, pues, en medio de su vacilacion, tuvo que desmontarse y detenerse lleno de horror, para ver por sobre una de las barandillas, si por ese hondo camino habia tomado su infeliz amigo.

Pero todas sus miradas eran inútiles, aunque se quedaba suspenso viendo atónito aquella abertura amurallada por dos rocas formidables, tajadas perpendicularmente.

(Se continuará.)

Arion,

ESTATUA POR M. HOLLÉ.

La escultura cuyo dibujo publicamos en esta última página de nuestro número, ha sido recompensada con la medalla de honor por el jurado de la Exposicion de 1870, y el público ha ratificado plenamente el fallo pronunciado por ese tribunal de artistas.

El Arion es una hermosa figura tan notable por la pureza de ejecucion como por las bellezas del conjunto: el movimiento está armoniosamente combinado para agradar á la vista, y sin embargo, no carece por cierto esa actitud de naturalidad y de energía.

El asunto es una de las mas poéticas ficciones de la mitología.

Arion, el inventor del ditirambo, acaba de precipitarse al mar para evitar los golpes de los marineros de una nave corintia á cuyo bordo se encontraba. El poeta tuvo la feliz idea de no soltar su lira, y algunos acordes melódicos hicieron que acudieran los delfines: uno de ellos se ofrece á cargar con él para llevarle á tierra, y las olas bajan respetuosamente á los acentos del cantor divino.

Los aficionados á componer ditirambos no pondrán en duda la veracidad de esta historia, pues el ejemplo de Arion se ha seguido en todos los siglos. Con efecto, ¡cuántos poetas caidos al agua debieron su salvacion á algun ditirambo bien dirigido!

A. DE L.